ANTROPOLOGÍA TRICOTÓMICA CRISTOCÊNTRICA

LA TRICOTOMÍA DE CRISTO REVELADA
EN LA CRUZ, EN SU MUERTE Y RESURRECCIÓN

ELIZEU MORAES DA S. E SILVA

GUARDIÁN DE LA PROFECÍA

ANTROPOLOGÍA TRICOTÓMICA CRISTOCÉNTRICA

LA TRICOTOMÍA DE CRISTO REVELADA EN LA CRUZ, EN SU MUERTE Y RESURRECCIÓN

Autor: Elizeu Moraes
Guardián de la Profecía

Pablo la presentó. Cristo la demostró. La resurrección la confirmó.

Índice

Introducción - Cristo es la Piedra de la interpretación

1. **¿Qué está en discusión?**
2. **Cómo interpretar la antropología bíblica**
3. **Cuerpo, aliento y alma viviente en la creación**
4. **Lo que la muerte revela acerca del ser humano**
5. **Pablo nombra la totalidad humana**
6. **Él verdaderamente se hizo uno de nosotros**
7. **La tricotomía aplicada a la muerte de Cristo**
8. **Las principales objeciones a la tricotomía**
9. **La resurrección confirma a la persona integral**

Conclusión - Permanezcan sobre la Piedra

Introducción - Cristo es la Piedra de la interpretación

¿Cuál es la verdadera composición del ser humano según las Escrituras?

¿Somos solamente materia organizada y viviente?

¿Somos cuerpo y una dimensión inmaterial llamada indistintamente alma o espíritu?

¿O presenta la Biblia el cuerpo, el alma y el espíritu como realidades distinguibles dentro de la unidad de una misma persona?

Estas preguntas pertenecen a la antropología bíblica: el estudio del ser humano a la luz de la revelación de Dios.

Durante siglos se han presentado diferentes respuestas. Algunas escuelas defienden la dicotomía. Otras adoptan el monismo. También existen interpretaciones multidimensionales o pluralistas. Este libro defenderá la tricotomía.

Sin embargo, nuestro propósito no es añadir una opinión más a una controversia antigua.

Tampoco es ganar una disputa mediante la cantidad de teólogos reunidos de cada lado.

La cuestión debe ser llevada nuevamente a las Escrituras.

Y, por encima de todo, debe ser llevada a Jesucristo.

Reexaminar es una actitud bíblica

Algunos conceptos permanecen con nosotros durante tantos años que dejan de ser percibidos como interpretaciones. Empiezan a ser tratados como si fueran el propio texto bíblico.

Esto puede sucederle a cualquier persona.

Podemos recibir una explicación de maestros sinceros, repetirla durante décadas y no volver a preguntarnos jamás si conserva todos los pasajes relacionados con el asunto.

Reexaminar no significa menospreciar a quienes vinieron antes que nosotros.

Significa reconocer que todo maestro, predicador e investigador continúa sujeto a la autoridad de la Palabra.

Los bereanos escucharon con disposición la predicación apostólica, pero examinaban diariamente las Escrituras para comprobar si aquello era así. Su actitud fue llamada noble.

Si incluso el mensaje anunciado por Pablo fue examinado a la luz de las Escrituras, ninguna tradición posterior debe exigir una inmunidad semejante.

La renovación del entendimiento también es una orientación bíblica.

Pablo exhorta a los cristianos a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados mediante la renovación de la mente. Renovar no es abandonar la verdad. Es permitir que la verdad corrija aquello que comprendíamos de manera incompleta.

Este libro nace de ese espíritu de examen.

No buscamos novedad por amor a la novedad.

Buscamos armonía entre lo que Pablo escribió y lo que sucedió con Jesucristo.

La Escritura no está dividida contra sí misma

Toda la Escritura es inspirada por Dios.

Por eso, no trataremos un pasaje como verdadero y otro como inconveniente.

No pondremos a Pablo contra el Antiguo Testamento.

No pondremos Hebreos contra el Magníficat.

No pondremos el lenguaje de la creación contra los acontecimientos de la cruz.

Nuestro deber es respetar el género, el contexto, el propósito y el vocabulario de cada texto, permitiendo que todos ocupen el lugar que les corresponde.

Un poema no necesita funcionar como tratado sistemático para ser inspirado.

Una oración apostólica no deja de enseñar por ser una oración.

Una palabra que posee sentidos diferentes no pierde toda posibilidad de designar una realidad específica.

Un pasaje que menciona solamente dos aspectos del ser humano no anula otro que presenta una enumeración más amplia.

Armonía no significa obligar a todos los autores a utilizar las mismas palabras de la misma manera en todas las ocasiones.

Significa reconocer que el Dios que inspiró las Escrituras no se contradice.

Cuando surge una tensión aparente, debemos examinar nuestra interpretación antes de acusar al texto de confusión.

Cristo posee la primacía

Jesucristo no será utilizado en este estudio solamente como ilustración final.

Él es el centro de la demostración.

Pablo afirma que Cristo posee la primacía en todas las cosas. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. El Hijo participó de carne y sangre y fue hecho semejante a sus hermanos, sin dejar de ser Dios y sin participar del pecado.

Él verdaderamente se hizo uno de nosotros.

Por eso, los acontecimientos de su muerte y resurrección poseen un valor decisivo para que comprendamos la humanidad.

Cristo es también la Piedra rechazada por los edificadores que llegó a ser la principal Piedra Angular.

Una piedra angular establece la alineación.

Las demás piedras no determinan su posición. Son ajustadas a ella.

De la misma manera, una construcción teológica debe ser examinada por la revelación concentrada en Jesús.

Si una teoría no consigue preservar lo que sucedió con Cristo, no es Cristo quien debe ser reinterpretado para caber en la teoría.

Es la teoría la que debe ser revisada.

Esta es la convicción que orientará cada capítulo:

Si una construcción teológica no se alinea con Cristo, no es la Piedra la que debe ser ajustada, sino la construcción.

El recorrido de esta obra

Comenzaremos definiendo lo que realmente está en discusión.

Tricotomía no significa la existencia de tres personas dentro del ser humano. Significa que cuerpo, alma y espíritu pueden ser distinguidos sin destruir la unidad personal.

A continuación, estableceremos reglas de interpretación indispensables para el estudio. Examinaremos la creación del ser humano, el vocabulario de vida aplicado también a los animales y lo que la muerte de los patriarcas revela acerca del cuerpo y del aliento.

Entonces llegaremos a la formulación apostólica:

«Y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

Primera a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículo 23.

Pablo nombró tres elementos al hablar de la totalidad humana:

Pneuma.

Psychē.

Y *sōma*.

Después examinaremos la plena humanidad del Hijo y los tres acontecimientos registrados en su muerte:

El *pneuma* fue entregado al Padre.

El *sōma* fue colocado en el sepulcro.

La *psychē* no fue abandonada en el Hades.

Por último, responderemos a las principales objeciones y veremos que la resurrección confirmó la unidad del mismo Cristo.

La muerte separó.

La resurrección reunió, restauró y transformó.

El límite necesario

Esta no es una obra general sobre la muerte, el Hades, el Paraíso, el lago de fuego o la cronología escatológica.

Estos asuntos aparecerán solamente cuando sean indispensables para comprender la composición humana revelada en Cristo.

Tampoco construiremos una larga historia de la filosofía ni de las interpretaciones antropológicas.

La dicotomía, el monismo y el pluralismo serán presentados con suficiente claridad para que el lector comprenda la discusión. Después, cada postura será evaluada a la luz del texto bíblico.

El objetivo es específico:

Demostrar que Pablo nombró la totalidad humana como espíritu, alma y cuerpo; que la muerte de Cristo reveló la distinción entre estos elementos; y que la resurrección preservó la unidad de la misma persona.

Una invitación al lector

No pedimos que el lector acepte esta conclusión solamente porque fue presentada con convicción.

Lo invitamos a comprobar los textos.

Lea cada pasaje en su contexto.

Observe las palabras empleadas.

Distinga lo que el texto declara directamente, lo que permite concluir y lo que resulta de la síntesis entre los pasajes.

Por encima de todo, contemple a Jesucristo.

Este estudio no pretende quitarle la gloria a Dios para entregársela al autor de una interpretación.

Si hay luz en esta demostración, procede de aquel que inspiró las Escrituras.

Si algún entendimiento necesita ser corregido, que la corrección suceda ante la Palabra y para la gloria de Dios.

La tesis que examinaremos puede resumirse así:

Pablo presentó la totalidad humana como espíritu, alma y cuerpo. En la muerte de Jesús, el espíritu fue entregado al Padre, el cuerpo fue colocado en el sepulcro y el alma no fue abandonada en el Hades. En la resurrección, el mismo Cristo se levantó victorioso. Pablo la presentó. Cristo la demostró. La resurrección la confirmó.

Comencemos, por tanto, no por la defensa de una tradición.

Comencemos por las Escrituras.

Y permanezcamos sobre la Piedra.

Referencias principales de la introducción

- Mateo 21.42-44.
- Lucas 20.17-18.
- Juan 1.1,14.
- Hechos 17.11.
- Romanos 12.2.
- Colosenses 1.15-18.
- 1 Tesalonicenses 5.23.
- 2 Timoteo 3.16-17.
- Hebreos 2.14-17.

Capítulo 1 - ¿Qué está en discusión?

Antes de defender una conclusión, debemos definir la pregunta.

Cuando afirmamos que el ser humano es cuerpo, alma y espíritu, ¿qué estamos diciendo?

¿Estamos hablando de tres personas?

¿De tres órganos invisibles?

¿De tres nombres para una misma realidad?

¿O de elementos distinguibles que pertenecen a la unidad de una sola persona?

Gran parte de las discusiones se vuelve confusa porque los participantes utilizan las mismas palabras con significados diferentes. Una persona habla de «partes», imaginando fragmentos independientes. Otra habla de «unidad», suponiendo que cualquier distinción destruiría a la persona. Una tercera trata alma y espíritu como sinónimos sin preguntarse si esa equivalencia funciona en todos los pasajes.

Este capítulo no pretende resolver por anticipado todo lo que será demostrado en el libro.

Su propósito es más fundamental:

Definir con claridad lo que está en discusión.

Antropología y ontología

La palabra antropología significa estudio del hombre o del ser humano.

Puede ser empleada en diversas áreas. La antropología cultural estudia pueblos, costumbres y sociedades. La antropología filosófica pregunta qué caracteriza la existencia humana. La antropología bíblica examina al ser humano a la luz de la revelación de Dios.

Es en este último sentido que utilizaremos la palabra.

No estamos investigando diferencias culturales ni describiendo el funcionamiento del cerebro. Preguntamos cómo presentan las Escrituras la constitución del ser humano.

También emplearemos el término ontología.

La ontología se refiere al ser: a lo que algo es, y no solamente a lo que hace.

Una pregunta funcional sería:

¿Cómo piensa, siente, desea y se relaciona el ser humano?

La pregunta ontológica es anterior:

¿Qué constituye a ese ser humano que piensa, siente, desea y se relaciona?

Las dos cuestiones se tocan, pero no son idénticas.

Un pasaje puede describir una función del alma sin definir toda el alma. Puede hablar de la actuación del espíritu sin presentar una lista completa de la composición humana. Puede mencionar el cuerpo sin explicar su relación con la identidad personal.

Por eso, no convertiremos toda referencia a sentimientos, pensamientos o respiración en una definición ontológica.

Buscaremos textos que permitan comprender la totalidad humana y acontecimientos que revelen cómo se relacionan sus elementos.

Una persona, no tres

La tricotomía defendida en este libro no divide al ser humano en tres personas.

El cuerpo no es un individuo.

El alma no es un segundo individuo que habita en el primero.

El espíritu no es una tercera personalidad independiente.

Existe un solo ser humano.

Él dice:

Mi cuerpo.

Mi alma.

Mi espíritu.

Los tres pertenecen al mismo sujeto.

Durante la vida terrenal, la persona actúa en unidad. Cuando alguien habla, no necesitamos decidir si habló solamente el cuerpo, el alma o el espíritu. La persona habló por medio de su existencia integral.

Cuando ama, sufre, ora, elige o trabaja, es el ser humano quien realiza esas acciones.

Reconocer distinciones no destruye esa unidad.

El cuerpo puede ser distinguido del alma sin dejar de pertenecer a la persona. El alma y el espíritu pueden ser distinguidos sin convertirse en dos personas.

La muerte revelará que aquello que vive unido puede recibir destinos distintos. La resurrección mostrará que la separación no elimina la identidad del sujeto.

Por tanto, nuestra frase central debe establecerse desde el principio:

La tricotomía no divide al ser humano en tres personas; reconoce distinciones dentro de la unidad del ser humano.

La interpretación tricotómica

La palabra tricotomía se forma a partir de la idea de una división en tres.

En la antropología cristiana, designa la comprensión de que el ser humano está constituido por cuerpo, alma y espíritu.

En griego:

Sōma.

Psychē.

Y *pneuma*.

El cuerpo corresponde a la dimensión material de la existencia humana.

En la síntesis adoptada en este libro, el alma está relacionada con la identidad personal consciente, capaz de pensar, desear, recordar, decidir y responder moralmente ante Dios.

El espíritu está relacionado con el aliento de vida concedido por Dios y con la dimensión espiritual de la existencia humana.

Estas definiciones son iniciales. Serán examinadas y perfeccionadas a medida que avancemos por los textos bíblicos.

La tricotomía no exige que cada aparición de las palabras «alma» y «espíritu» posea un sentido técnico rígido. La Biblia puede emplear *psychē* como vida o persona y *pneuma* como viento, aliento o espíritu, según el contexto.

El argumento tricotómico no es:

Existen tres palabras; por lo tanto, en todo pasaje existen tres significados completamente separados.

El argumento será:

Pablo reunió y distinguió espíritu, alma y cuerpo al hablar de la totalidad humana; Hebreos reconoció una división entre alma y espíritu; y la muerte de Cristo presentó los tres elementos en declaraciones distintas referentes al mismo Jesús.

La fuerza de esta postura es acumulativa y cristocéntrica.

La interpretación dicotómica

La dicotomía comprende al ser humano mediante dos dimensiones fundamentales:

El cuerpo material.

Y la dimensión inmaterial.

En esta interpretación, «alma» y «espíritu» pueden considerarse nombres diferentes para una misma realidad interior o aspectos funcionales de un único elemento inmaterial.

Un defensor de la dicotomía no necesita negar ninguna de las palabras bíblicas. Puede reconocer que la Escritura utiliza cuerpo, alma y espíritu, pero concluir que alma y espíritu no representan elementos ontológicamente distintos.

Esta postura busca preservar la unidad del ser humano y explicar los pasajes en los que solamente cuerpo y alma, o cuerpo y espíritu, aparecen juntos.

La pregunta que deberá responder es:

Si alma y espíritu son la misma realidad, ¿por qué Pablo los reunió por separado al hablar de la totalidad humana? ¿Y qué significa la división entre alma y espíritu en Hebreos?

Además, será necesario comprobar si la dicotomía consigue explicar, sin borrar datos del texto, el espíritu entregado al Padre, el cuerpo sepultado y el alma no abandonada en el Hades en la muerte de Cristo.

No rechazaremos la dicotomía solamente porque posee dos elementos.

Será evaluada por su capacidad de preservar toda la evidencia bíblica.

La interpretación monista

El monismo enfatiza al ser humano como una unidad indivisible.

En sus formas más fuertes, no admite un alma o un espíritu que subsista personalmente separado del cuerpo. El ser humano no poseería componentes independientes, sino que existiría como una unidad viva.

Hay diferentes maneras de formular el monismo. No todos sus defensores explican de la misma manera la relación entre materia, vida, conciencia y resurrección.

Su contribución principal es recordar que la persona no debe ser tratada como un conjunto accidental de piezas sin relación.

Esta preocupación es legítima.

La Biblia presenta al ser humano viviendo como unidad, y la esperanza cristiana incluye la resurrección corporal.

Sin embargo, unidad no significa necesariamente indivisibilidad ontológica.

Si el cuerpo vuelve al polvo y el espíritu vuelve a Dios, existe una distinción que debe explicarse.

Si Jesús entrega su espíritu mientras su cuerpo permanece en la cruz, la muerte manifiesta una separación real.

El monismo deberá demostrar cómo preserva estas declaraciones sin reducirlo todo al fin de las funciones corporales.

El pluralismo o la visión multidimensional

El pluralismo antropológico no representa una única doctrina organizada de la misma manera por todos sus defensores.

En este libro, el término será utilizado para identificar enfoques que describen al ser humano por medio de múltiples dimensiones, capacidades o relaciones, sin limitar su composición a dos o tres partes.

El ser humano puede ser descrito como corporal, racional, emocional, moral, espiritual, social y relacional.

Estas descripciones reconocen correctamente la riqueza de la existencia humana.

Sin embargo, las facultades y las relaciones no son necesariamente elementos ontológicos.

La capacidad de razonar no necesita ser una cuarta sustancia.

La vida social no necesita constituir una quinta parte del ser humano.

Describir muchas dimensiones de actuación puede ampliar nuestra comprensión funcional sin responder a la pregunta acerca de la composición revelada en las Escrituras.

Por eso, el pluralismo será escuchado cuando explique la complejidad humana, pero no será utilizado para disolver la enumeración de Pablo en una lista indefinida de funciones.

Lo que las cuatro posturas desean preservar

Es útil reconocer la preocupación central de cada interpretación.

La tricotomía procura preservar la distinción bíblica entre cuerpo, alma y espíritu.

La dicotomía procura preservar la unidad de la dimensión inmaterial y explicar la cercanía entre alma y espíritu.

El monismo procura preservar la unidad integral de la persona.

La visión multidimensional procura preservar la complejidad de las facultades y relaciones humanas.

Estas preocupaciones no poseen el mismo peso y no pueden ser todas correctas en sus conclusiones finales. Pero identificarlas evita discusiones superficiales.

La tricotomía defendida en esta obra no necesita negar la unidad destacada por el monismo, la proximidad semántica observada por la dicotomía ni la complejidad recordada por los enfoques multidimensionales.

Afirma que estas observaciones deben permanecer subordinadas a una distinción que las Escrituras presentan.

Unidad no es ausencia de distinciones.

La superposición de palabras no es identidad ontológica obligatoria.

La multiplicidad de funciones no sustituye la composición.

Cómo se decidirá la cuestión

No decidiremos por la antigüedad de una tradición.

Una interpretación puede ser antigua y aun así necesitar revisión.

No decidiremos por el número de sus defensores.

La verdad bíblica no se establece por votación.

Tampoco decidiremos por la posible originalidad de esta presentación.

Una idea no se vuelve verdadera por ser inédita ni falsa por haber sido enseñada antes.

Aplicaremos cuatro preguntas:

1. **¿Qué nombra la Escritura?** Examinaremos la enumeración de Pablo y la distinción presentada en Hebreos.
2. **¿Qué une la creación?** Observaremos cuerpo, aliento y alma viviente sin forzar el vocabulario hebreo.
3. **¿Qué separa la muerte?** Examinaremos el regreso del cuerpo al polvo, del espíritu a Dios y las narraciones de los patriarcas.
4. **¿Qué demuestra Cristo?** Reuniremos el *pneuma* entregado al Padre, el *sōma* colocado en el sepulcro y la *psychē* no abandonada en el Hades.

La resurrección completará el examen al mostrar que la distinción revelada en la muerte no produjo tres sujetos. El mismo Jesús se levantó vivo.

Conclusión

El debate no es una disputa entre tres palabras y dos palabras.

Es una investigación acerca de lo que constituye al ser humano según la totalidad de la revelación bíblica.

La tricotomía afirma cuerpo, alma y espíritu dentro de la unidad personal.

La dicotomía afirma cuerpo y dimensión inmaterial, aproximando alma y espíritu.

El monismo enfatiza una unidad indivisible.

El pluralismo describe múltiples dimensiones y funciones.

Este libro defenderá la tricotomía porque entiende que preserva mejor los textos sin borrar la unidad de la persona.

Pero no se exigirá la conclusión antes de la demostración.

En los próximos capítulos se examinará cada elemento del argumento.

Comenzaremos por el método.

Antes de preguntar qué parece confirmar un pasaje, preguntaremos quién escribió, para quién escribió, en qué género, en cuál contexto y con qué propósito.

Solamente después aplicaremos cada texto a la composición humana.

La tricotomía no divide al ser humano en tres personas.

Reconoce distinciones dentro de la unidad del ser humano.

Y encontrará su confirmación final no en una abstracción filosófica, sino en Jesucristo.

Referencias principales del capítulo

- Génesis 2.7.
- Eclesiastés 12.7.
- Lucas 23.46,52-53.
- Hechos 2.27,31.
- 1 Tesalonicenses 5.23.
- Hebreos 4.12.

Capítulo 2 - Cómo interpretar la antropología bíblica

La Biblia no debe ser utilizada como un depósito de frases extraídas al azar.

Cada pasaje fue escrito en una lengua, en un momento determinado, por un autor, para destinatarios y con una finalidad.

Ignorar estos elementos permite introducir casi cualquier opinión dentro del texto.

Por eso, antes de estudiar el cuerpo, el alma y el espíritu, debemos establecer cómo serán interpretados los textos.

No adoptaremos un método para defender la tricotomía y otro para examinar las objeciones.

La misma regla será aplicada a todos los pasajes.

Cuando un texto favorezca nuestra conclusión, respetaremos sus límites.

Cuando parezca contradecirla, examinaremos su contexto sin intentar silenciarlo.

La Palabra de Dios no necesita ser protegida mediante exageraciones.

Necesita ser manejada con fidelidad.

Exégesis y eisegesis

La exégesis es el trabajo de extraer del texto aquello que comunica.

La eisegesis es el movimiento contrario: introducir en el texto una idea procedente del intérprete.

En la práctica, nadie se acerca a la Biblia completamente vacío. Todos llevamos experiencias, tradiciones, preguntas y conclusiones anteriores.

El propósito de la exégesis no es fingir que esas influencias no existen. Es someterlas al texto.

Cuando leemos «alma», podemos traer una definición aprendida en la iglesia, en la filosofía o en la cultura popular.

Cuando leemos «espíritu», podemos imaginar automáticamente una entidad consciente, el aliento, una emoción o el Espíritu Santo.

Pero la pregunta correcta no es:

¿Qué significa siempre esta palabra para mí?

La pregunta correcta es:

¿Qué significa en esta frase, en este argumento y en este contexto?

Una interpretación responsable comienza escuchando antes de concluir.

Las preguntas fundamentales

Antes de utilizar un pasaje como prueba doctrinal, debemos formular preguntas básicas.

¿Quién escribió?

La autoría ayuda a comprender el vocabulario, las circunstancias y la relación con los destinatarios.

¿Para quién escribió?

Una instrucción dirigida a una iglesia perseguida puede responder a una necesidad diferente de la de un poema destinado al culto o una narración sobre la creación.

¿Cuándo y en qué situación escribió?

El contexto histórico aclara problemas, preguntas y acontecimientos presupuestos por el texto.

¿Cuál es el género literario?

La narración, la poesía, la profecía, la literatura sapiencial y la epístola comunican la verdad de maneras diferentes.

¿Cuál es el asunto inmediato?

Un texto sobre el valor ante la persecución no tiene que ofrecer una lista completa de la composición humana solamente porque mencione cuerpo y alma.

¿Cuál es la intención del pasaje?

Debemos distinguir lo que el autor afirma directamente de aquello que aparece solamente como detalle secundario.

Estas preguntas no impiden la aplicación espiritual.

Protegen la aplicación contra el uso arbitrario.

Toda la Escritura es inspirada

Pablo afirma:

«Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia».

Segunda a Timoteo, capítulo 3, versículo 16.

Reconocer diferencias de género no crea niveles de inspiración.

Un poema no es menos inspirado que una epístola.

Una narración no es menos verdadera que una oración.

Una profecía no es inferior a una explicación apostólica.

Sin embargo, la inspiración no elimina el propósito.

Un salmo puede enseñar mediante imágenes, paralelismos y lenguaje afectivo. Una narración puede mostrar acontecimientos sin interrumpirlos para definir cada término. Una epístola puede organizar un argumento y responder directamente a una cuestión doctrinal.

Todos los textos son inspirados.

No todos pretenden desempeñar la misma función.

Respetar esta diferencia es respetar la manera en que Dios decidió comunicar su Palabra.

El Magníficat y el paralelismo

El cántico de María registra:

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador».

Lucas, capítulo 1, versículos 46 y 47.

El texto es plenamente inspirado.

Fue preservado por Lucas en las Escrituras y comunica una verdad preciosa acerca de la adoración, la alegría y la fe de María.

Las dos líneas presentan paralelismo:

Mi alma engrandece.

Mi espíritu se regocija.

Los términos se aproximan en la expresión de la interioridad y de la alabanza.

Pero el paralelismo no exige identidad ontológica absoluta.

Dos líneas poéticas pueden repetir una idea, intensificarla, ampliarla o presentar aspectos relacionados. La función del paralelismo es comunicar con fuerza, no necesariamente definir que cada palabra de una línea sea intercambiable con la palabra correspondiente de la otra.

El Magníficat demuestra que el alma y el espíritu participan en la adoración de María.

No declara:

El alma y el espíritu son la misma realidad y jamás pueden ser distinguidos.

Esa conclusión tendría que proceder de otro lugar, porque no constituye el propósito del cántico.

No estamos quitando doctrina a la poesía.

Estamos extrayendo de la poesía la doctrina que realmente ofrece: María, con profunda alegría, alaba a Dios con toda su interioridad.

El error surgiría al obligar a esa alabanza a anular una distinción expresada en otro pasaje.

Una oración apostólica continúa enseñando

Primera a los Tesalonicenses 5.23 aparece como oración, deseo o bendición de Pablo:

«Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

Pablo no está escribiendo una entrada de diccionario.

Ora por la santificación y la preservación integral de los cristianos.

Pero la forma de oración no vuelve sus palabras teológicamente vacías.

Las oraciones apostólicas enseñan acerca de Dios, de la Iglesia, de la santificación y de la esperanza cristiana.

Cuando Pablo nombra espíritu, alma y cuerpo, los tres sustantivos continúan teniendo significado.

Por tanto, no necesitamos presentar 1 Tesalonicenses 5.23 como tratado técnico para respetar su enumeración.

Su propósito es pedir la preservación de la persona entera.

Es precisamente dentro de esa totalidad donde aparecen los tres términos.

El género y la intención no debilitan el pasaje.

Explican por qué se hizo la enumeración.

Las palabras poseen campos de significado

Una misma palabra puede poseer sentidos relacionados y diferentes.

En hebreo, *nefesh* puede significar vida, persona, criatura viviente, deseo o alma, según el contexto.

Ruach puede significar viento, aliento o espíritu.

Neshamah puede designar soplo o respiración.

En griego, *psychē* puede significar alma, vida o persona.

Pneuma puede designar viento, aliento, espíritu humano, ser espiritual o el Espíritu Santo.

Sōma normalmente se refiere al cuerpo, pero el contexto todavía determina cómo se considera ese cuerpo.

Consultar los idiomas originales es importante porque permite comprobar qué palabras fueron empleadas y cómo funcionan en la frase.

Sin embargo, el original no es una licencia para escoger, dentro de una lista de diccionario, el significado que mejor favorezca nuestra conclusión.

El contexto continúa gobernando.

Tampoco debemos cometer el error opuesto.

El hecho de que una palabra posea varios sentidos no significa que nunca pueda nombrar algo específico.

Que *pneuma* signifique viento en un pasaje no impide que signifique espíritu humano en otro.

Que *psychē* signifique vida en determinado texto no elimina su referencia al alma en otro.

Flexibilidad semántica no es ausencia de significado.

Superposición no es identidad obligatoria

Alma y espíritu pueden ser empleados en contextos cercanos.

Ambos pueden relacionarse con la interioridad.

Ambos pueden aparecer en declaraciones acerca de la vida, las emociones, la adoración o la muerte.

Esta proximidad debe ser reconocida.

Pero el hecho de que dos palabras describan aspectos cercanos no prueba que sean la misma realidad en todos los contextos.

El contexto puede aproximarlas.

El contexto puede distinguirlas.

En Lucas 1, alma y espíritu participan paralelamente en la alabanza.

En 1 Tesalonicenses 5, Pablo los enumera por separado.

En Hebreos 4, la Palabra alcanza la división del alma y del espíritu.

No necesitamos escoger un pasaje y borrar los demás.

La interpretación armoniosa reconoce proximidad donde existe proximidad y distinción donde el texto presenta distinción.

Textos parciales y enumeraciones amplias

La Biblia no siempre repite cuerpo, alma y espíritu juntos.

Hay pasajes que mencionan cuerpo y alma.

Otros hablan de cuerpo y espíritu.

Otros utilizan carne, corazón, mente, conciencia u hombre interior.

Esto no convierte cada texto en una teoría rival acerca de la composición humana.

Un autor menciona aquello que su argumento exige.

El silencio acerca de un término no es una negación de su existencia.

Si un pasaje habla sobre la muerte del cuerpo y la preservación del alma, su propósito puede ser establecer un contraste específico. No necesitamos introducir el espíritu donde el autor no lo mencionó. Tampoco podemos utilizar su ausencia para afirmar que el espíritu no existe o que es necesariamente idéntico al alma.

Los pasajes parciales permanecen verdaderos dentro de sus propósitos.

Cuando encontramos una enumeración incluida en una declaración de totalidad, esta merece un peso específico para la pregunta antropológica.

Esto no significa que una epístola sea siempre «más inspirada» que un poema.

Significa que un texto que trata más directamente de la totalidad humana contribuye de manera más directa a esa pregunta.

La Escritura interpreta la Escritura

Ningún pasaje existe aislado del resto de la revelación.

Un texto difícil debe ser examinado a la luz del contexto inmediato, del libro en que aparece y de los demás pasajes relacionados con el asunto.

Este principio no significa buscar un versículo para cancelar otro.

Significa reunir testimonios sin retirar ninguno de su función.

Génesis mostrará al ser humano convirtiéndose en alma viviente.

Eclesiastés mostrará al polvo regresando a la tierra y al espíritu regresando a Dios.

Pablo nombrará espíritu, alma y cuerpo.

Hebreos mencionará la división del alma y del espíritu.

Los Evangelios y Hechos registrarán lo que sucedió con Cristo en la muerte.

La resurrección confirmará que la separación no destruyó la identidad del mismo Jesús.

La doctrina surgirá de la convergencia.

No de una frase aislada.

Cristo es el centro de la armonía

La Escritura interpreta la Escritura, y Cristo ocupa el centro de esa interpretación.

Esto no significa ignorar el sentido original de un pasaje para introducir artificialmente a Jesús en cada palabra.

Significa reconocer que la revelación encuentra en él su plenitud y que su verdadera humanidad posee una importancia decisiva para la antropología.

Pablo presenta una formulación.

Cristo revela su aplicación en la muerte.

La resurrección confirma la unidad personal.

Si una interpretación consigue explicar palabras aisladas, pero necesita volver insignificante lo que sucedió con Jesús, no ha alcanzado la armonía necesaria.

Cristo no es un argumento añadido después de la exégesis.

Es la Piedra Angular ante la cual el resultado de la exégesis debe permanecer alineado.

Declaración, inferencia y síntesis

Para hacer transparente nuestro recorrido, distinguiremos tres niveles de afirmación.

Declaración directa del texto es lo que el pasaje dice expresamente.

Ejemplo:

Jesús declaró: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Inferencia responsable es una conclusión que se deriva del texto, aunque no aparezca con las mismas palabras.

Ejemplo:

Si Jesús entregó su espíritu y después su cuerpo fue retirado de la cruz, la muerte manifestó una distinción entre el espíritu entregado y el cuerpo accesible a los hombres.

Síntesis doctrinal reúne declaraciones e inferencias de diversos pasajes en una formulación coherente.

Ejemplo:

Pablo nombró espíritu, alma y cuerpo; la muerte de Cristo presentó los tres; la resurrección confirmó la unidad de la persona integral.

Una síntesis no es inferior simplemente porque no aparezca entera en un único versículo.

Las doctrinas bíblicas frecuentemente son formuladas reuniendo textos.

Sin embargo, la síntesis debe mostrar su recorrido.

No debe ser presentada como cita literal cuando es una conclusión teológica.

Esta honestidad permite al lector verificar cada etapa.

Conclusión

Interpretar correctamente exige más que encontrar una palabra conocida.

Debemos preguntar quién escribió, para quién escribió, cuándo, en qué contexto, en qué género y con qué propósito.

Debemos reconocer que toda la Escritura es inspirada y, precisamente por eso, respetar la función de cada pasaje.

El Magníficat es alabanza inspirada, no una declaración de identidad ontológica absoluta entre alma y espíritu.

Primera a los Tesalonicenses 5.23 es una oración apostólica que continúa enseñando y que nombra tres elementos dentro de la totalidad humana.

Los idiomas originales ayudan a comprobar las palabras, pero el contexto determina su sentido.

Superposición no significa identidad obligatoria.

La mención parcial no anula la enumeración amplia.

Y la síntesis debe distinguir lo que el texto declara de lo que concluimos al reunir los pasajes.

Esta será la disciplina de los próximos capítulos.

No buscaremos argumentos en la Biblia para contradecir a la propia Biblia.

Buscaremos la armonía de una Escritura perfecta.

Y permitiremos que esa armonía encuentre su resolución final en Jesucristo.

Referencias principales del capítulo

- Lucas 1.46-47.
- 1 Tesalonicenses 5.23-24.
- 2 Timoteo 3.16-17.
- Hebreos 4.12-13.
- 2 Pedro 3.15-16.

Capítulo 3 - Cuerpo, aliento y alma viviente en la creación

Para comprender lo que la muerte separa, debemos comenzar observando lo que Dios unió en la creación.

Génesis describe la formación del ser humano con pocas palabras, pero cada una posee una enorme importancia:

«Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente».

Génesis, capítulo 2, versículo 7.

El texto presenta tres movimientos:

Dios forma al ser humano del polvo.

Sopla en su nariz el aliento de vida.

Y el ser humano se convierte en un ser viviente.

Materia formada.

Vida procedente de Dios.

Una persona humana viva.

Génesis todavía no presenta la formulación griega de Pablo - *pneuma, psychē* y *sōma*. Tampoco pretende responder por sí solo a todas las preguntas acerca de la composición humana. Pero ofrece el punto de partida para comprender el cuerpo, el aliento y la identidad viviente.

Formado del polvo de la tierra

El primer movimiento es corporal.

Dios forma al ser humano del polvo de la tierra.

El hebreo aproxima *adam*, hombre, a *adamah*, suelo o tierra. El ser humano pertenece a la creación material. Su cuerpo no es una ilusión ni un elemento sin valor.

El texto no utiliza en Génesis 2.7 una palabra específica equivalente a *sōma*. Describe el origen material del ser humano mediante el polvo de la tierra y el acto de Dios que lo forma.

Esta precisión es importante. No necesitamos introducir en el versículo una palabra que no contiene para reconocer la realidad corporal que presenta.

El cuerpo humano es obra de Dios.

Fue formado con propósito.

Permite que la persona ocupe un lugar en la creación, trabaje, hable, sirva, cuide y se relacione con el mundo material.

Después del pecado, Dios le recordará al hombre:

«Polvo eres, y al polvo volverás».

El cuerpo formado del polvo es el cuerpo que, en la muerte, vuelve al polvo.

Creación y muerte están relacionadas.

Lo que Dios formó para la vida vuelve a ser materia sin vida cuando el aliento deja de sostenerlo.

Dios sopló el aliento de vida

El segundo movimiento es la concesión de la vida.

Dios sopla en la nariz del ser humano el aliento de vida.

La expresión hebrea utiliza *neshamah*, soplo o respiración, en la construcción *nishmat chayyim*, aliento de vida.

El ser humano no produce su propia vida.

El cuerpo formado del polvo no se levanta por capacidad propia.

Es Dios quien concede el aliento.

Esto no significa que el espíritu humano sea una parte de la esencia divina desprendida de Dios. La criatura no es un fragmento del Creador. La vida es concedida por Dios y permanece enteramente dependiente de él.

En otros textos, la Biblia emplea *ruach* para viento, aliento o espíritu. *Neshamah* y *ruach* poseen usos que pueden aproximarse cuando hablan de la respiración y de la vida recibida, pero no deben ser tratadas como si fueran siempre la misma palabra en todos los contextos.

En la síntesis tricotómica de este libro, el aliento concedido por Dios está relacionado con el espíritu como principio de la vida corporal. Esta relación será confirmada cuando Eclesiastés declare que el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio, y cuando Jesús entregue su *pneuma* al Padre antes de expirar.

Génesis presenta el comienzo.

La muerte mostrará la separación.

Cristo ofrecerá la demostración completa.

El ser humano se convirtió en *nefesh chayyah*

Después de formar el cuerpo y soplar el aliento, Dios hace que el ser humano se convierta en *nefesh chayyah*.

La expresión puede traducirse como:

Alma viviente.

Ser viviente.

Persona viva.

O criatura viviente, según el contexto.

El verbo es importante.

El ser humano **se convirtió** en *nefesh chayyah*.

El versículo no dice literalmente que Dios colocó dentro del cuerpo un objeto llamado alma. Describe el resultado de la acción creadora: el hombre pasó a existir como ser humano vivo.

Por eso, la conocida fórmula:

Cuerpo formado más aliento de vida da como resultado un alma viviente

puede utilizarse como recurso didáctico.

Ayuda a visualizar el movimiento del texto.

Pero no debe ser presentada como traducción matemática del hebreo ni como prueba suficiente de toda la tricotomía.

Génesis 2.7 describe cómo comenzó a vivir el ser humano. La distinción completa entre cuerpo, alma y espíritu será establecida por la reunión de otros pasajes, especialmente por la formulación de Pablo y la muerte de Cristo.

Dentro de la comprensión defendida en este libro, el alma está relacionada con la identidad consciente y personal que surge en la vida humana creada por Dios.

El cuerpo proporciona la dimensión material.

El espíritu, relacionado con el aliento concedido por Dios, sostiene la vida.

Y el ser humano vive como persona consciente ante el Creador.

Nefesh no posee una única traducción

La palabra *nefesh* presenta diferentes sentidos en las Escrituras.

Puede designar vida.

Puede referirse a la persona entera.

Puede expresar deseo, interioridad o a la propia persona hablando de sí misma.

También puede aparecer en la expresión «ser viviente».

Por eso, no debemos traducir mecánicamente cada aparición como «alma inmaterial».

El contexto debe decidir.

Esta flexibilidad no debilita la antropología tricotómica. Por el contrario, impide que nuestra doctrina dependa de una traducción artificial.

Cuando *nefesh* señala vida o criatura, debe ser comprendida así.

Cuando el texto destaca la identidad personal, la palabra recibe esa función en el contexto.

Y cuando la Septuaginta traduce *nefesh* por *psychē* en el Salmo 16, y Pedro aplica esa profecía a Cristo, la relación con el alma del Mesías también debe ser respetada.

No se trata de la misma traducción en todas partes.

Se trata del mismo principio de interpretación: permitir que cada texto hable según su propósito.

Los animales también son llamados seres vivientes

Antes de que Génesis llame al hombre *nefesh chayyah*, la expresión ya había sido aplicada a los animales.

En Génesis 1, las aguas producen seres vivientes. Las criaturas marinas y los animales terrestres son descritos con el vocabulario de *nefesh chayyah*.

Esto debe reconocerse con honestidad.

No podemos afirmar que la presencia de *nefesh* pruebe, en cada aparición, un alma humana consciente e inmortal. Si lo hiciéramos, tendríamos que imponer exactamente el mismo significado técnico a los animales mencionados en el texto.

En estos pasajes, *nefesh chayyah* significa criatura viva o ser viviente.

El vocabulario común demuestra que seres humanos y animales reciben vida del mismo Creador.

Ambos respiran.

Ambos dependen de Dios.

Ambos poseen cuerpos pertenecientes a la creación material.

Y ambos mueren.

Pero compartir el vocabulario de la vida no significa poseer una composición, vocación y responsabilidad idénticas.

Los animales también poseen aliento

En los relatos del diluvio, Génesis habla de toda carne en la que había *ruach chayyim*: espíritu o aliento de vida.

Este vocabulario alcanza a las criaturas que respiran.

Eclesiastés también observa que seres humanos y animales poseen el mismo aliento y comparten la mortalidad corporal. Como muere uno, muere el otro. Todos proceden del polvo y al polvo vuelven.

El texto no está diciendo que seres humanos y animales posean la misma identidad ontológica en todos los aspectos.

Está colocando ante el orgullo humano una realidad incontestable:

En cuanto a la vida corporal, somos criaturas dependientes.

Respiramos porque Dios sostiene la vida.

Morimos porque no poseemos inmortalidad autónoma.

El uso de *ruach* para los animales muestra que la palabra puede designar el aliento vital sin definir, en cada aparición, una dimensión moral o espiritual equivalente a la del ser humano.

Por tanto, en este estudio no utilizaremos la simple presencia de *ruach* o *nefesh* para igualar animales y seres humanos.

Examinaremos la función de las palabras en su contexto.

Lo que distingue al ser humano de los animales

La distinción fundamental aparece incluso antes de Génesis 2.7:

«Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza».

Solamente el ser humano es presentado de esta manera.

Seres humanos y animales son criaturas.

Ambos reciben vida.

Ambos poseen capacidades adecuadas a la naturaleza que Dios les concedió.

Los animales perciben, aprenden, se comunican, recuerdan y manifiestan comportamientos que pueden sorprendernos. No necesitamos negar estas capacidades para preservar la singularidad humana.

Lo que la Biblia establece es una posición distinta para el ser humano:

Fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Recibió responsabilidad sobre la creación.

Recibió un mandamiento moral.

Fue llamado a la comunión, a la obediencia y a rendir cuentas.

Posee una dignidad especial, razón por la cual el derramamiento de sangre humana recibe un tratamiento singular después del diluvio.

En la comprensión de este libro, el alma humana está relacionada con la identidad personal consciente y moral que responde ante Dios. Los textos que llaman a los animales *nefesh chayyah* no les atribuyen, mediante esa expresión, la misma responsabilidad, identidad moral y destino presentados para el ser humano.

El término compartido describe vida.

La imagen de Dios establece la distinción.

Lo que Génesis permite concluir

Podemos separar nuevamente los niveles de afirmación.

El texto declara:

- Dios formó al ser humano del polvo de la tierra.
- Dios sopló en su nariz el aliento de vida.
- El ser humano se convirtió en *nefesh chayyah*.
- Los animales también son llamados *nefesh chayyah*.
- Seres humanos y animales reciben de Dios el aliento que sostiene la vida.
- Solamente el ser humano es creado explícitamente a imagen y semejanza de Dios.

Los textos permiten concluir:

- El ser humano posee una dimensión material y una vida recibida de Dios.
- *Nefesh* y *ruach* no pueden recibir una traducción técnica única en todos los pasajes.
- El vocabulario común de vida no elimina la singularidad humana.

Esta obra sintetiza:

El cuerpo formado recibe de Dios el aliento que sostiene la vida, y el ser humano pasa a existir como persona viva y consciente. Esta estructura prepara, sin completar por sí sola, la antropología tricotómica revelada con mayor claridad en el Nuevo Testamento.

Conclusión

El ser humano vino del polvo, pero no recibió del polvo su propia vida.

Dios formó.

Dios sopló.

Y el ser humano se convirtió en alma viviente.

El cuerpo pertenece a la creación material.

El aliento procede de la acción del Creador.

El alma viviente identifica al ser humano que pasó a vivir ante Dios.

Los animales también son criaturas vivientes y reciben aliento. Esto demuestra que *nefesh* y *ruach* pueden describir vida sin poseer en todas sus apariciones el sentido técnico que tendrán en nuestra síntesis antropológica.

Sin embargo, el ser humano ocupa una posición singular.

Fue creado a imagen de Dios.

Recibió responsabilidad moral.

Fue llamado a conocer, obedecer y representar al Creador en la tierra.

Compartir vida y aliento no significa compartir íntegramente identidad, vocación y responsabilidad ante Dios.

En el próximo capítulo veremos lo que la muerte deshace. El cuerpo volverá al polvo, el espíritu volverá a Dios, y la muerte de los patriarcas nos ayudará a comprender la separación que será demostrada definitivamente en Cristo.

Referencias principales del capítulo

- Génesis 1.20-28.
- Génesis 2.7,15-19.
- Génesis 3.19.
- Génesis 6.17-20; 7.21-22.
- Génesis 9.5-6.
- Eclesiastés 3.18-21.

Nota técnica para revisión y apéndice

- Génesis 2.7 no emplea *ruach* ni una palabra hebrea específica para «cuerpo». El texto habla del hombre formado del polvo y de *nishmat chayyim*, «aliento de vida».

- El hombre «se convirtió» en *nefesh chayyah*, expresión traducible como alma viviente, ser viviente o persona viva.
- Génesis 1.20,21 y 24 aplica *nefesh chayyah* a las criaturas animales; en esos contextos, la expresión designa seres o criaturas vivas.
- Génesis 6.17 emplea *ruach chayyim* para el aliento o espíritu de vida existente en toda carne que sería alcanzada por el diluvio.
- Eclesiastés 3.19 emplea *ruach* al afirmar que seres humanos y animales comparten el mismo aliento en la mortalidad corporal.
- La fórmula «cuerpo más espíritu da como resultado alma» es un recurso didáctico derivado de la secuencia de Génesis 2.7, no una traducción literal ni una demostración completa de la tricotomía.

Capítulo 4 - Lo que la muerte revela acerca del ser humano

En el capítulo anterior observamos lo que Dios unió en la creación.

El ser humano fue formado del polvo de la tierra, recibió de Dios el aliento de vida y se convirtió en *nefesh chayyah*: alma viviente, ser viviente, persona viva.

Ahora debemos observar el movimiento contrario.

¿Qué sucede cuando termina la vida corporal?

La muerte no crea la composición humana, pero revela una separación dentro de aquella unidad que existía durante la vida terrenal.

Mientras vive, el cuerpo, el alma y el espíritu pertenecen a la misma persona. No existen tres personas independientes. Existe un solo ser humano que vive, piensa, decide y se relaciona con Dios por medio de esa unidad.

En la muerte, sin embargo, el cuerpo deja de vivir.

El aliento se retira.

Y la persona que murió no puede reducirse a la materia dejada en el sepulcro.

El Antiguo Testamento todavía no reúne, en una sola declaración, los términos griegos que Pablo empleará - *pneuma, psychē* y *sōma*. Sin embargo, proporciona elementos esenciales para comprender lo que la muerte deshace temporalmente.

El polvo vuelve a la tierra

Eclesiastés describe la llegada de la vejez y de la muerte utilizando un lenguaje profundamente poético.

El cuerpo se debilita.

Los sentidos pierden vigor.

Las actividades cesan.

El ser humano se encamina hacia su morada perdurable, mientras los que lloran recorren las calles.

Entonces el escritor concluye:

«Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio».

Eclesiastés, capítulo 12, versículo 7.

La declaración nos conduce nuevamente a Génesis.

El cuerpo fue formado del polvo.

En la muerte, vuelve al polvo.

El texto no está despreciando el cuerpo. Está describiendo el fin de su condición viviente. La materia que había sido organizada y sostenida para la vida deja de funcionar como cuerpo vivo y entra en el proceso de descomposición.

La muerte corporal es real.

El cuerpo ya no respira, no habla, no percibe ni actúa en el mundo material.

Por eso, decir que la muerte es separación no significa negar que el cuerpo murió. Significa reconocer que aquello que vuelve al polvo no agota todo lo que las Escrituras dicen acerca del ser humano.

El espíritu vuelve a Dios

En la segunda parte del versículo, Eclesiastés declara que el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio.

La palabra hebrea es *ruach*.

Según el contexto, *ruach* puede significar viento, aliento o espíritu. Aquí, la relación con la vida recibida de Dios es directa: cuando termina la existencia corporal, el polvo vuelve a la tierra y el *ruach* vuelve al Dador.

El texto no dice que el espíritu se convierta en nada.

Tampoco dice que la criatura se disuelva en la esencia de Dios.

El espíritu pertenece a la criatura, pero su origen y su sustento dependen del Creador. Volver a Dios no significa que el ser humano sea una porción de la divinidad. Significa que el principio de vida concedido por Dios vuelve al dominio de aquel que lo dio.

En la comprensión adoptada en este libro, el espíritu está relacionado con el aliento procedente de Dios que mantiene la vida corporal. Cuando el espíritu deja el cuerpo, la carne muere.

Podemos, por tanto, afirmar con cuidado:

El cuerpo muere y vuelve al polvo.

El espíritu no es descrito como destruido; es descrito como volviendo a Dios.

Esta distinción ya impide interpretar la muerte como simple aniquilación de todo lo que constituía al ser humano.

Lo que Eclesiastés compara entre seres humanos y animales

Antes de declarar que el polvo vuelve a la tierra y el espíritu vuelve a Dios, Eclesiastés había comparado la mortalidad humana con la de los animales:

«Como mueren los unos, así mueren los otros; todos tienen un mismo aliento».

Eclesiastés, capítulo 3, versículo 19.

Seres humanos y animales respiran.

Ambos dependen de Dios para vivir.

Ambos poseen cuerpos materiales.

Y ambos experimentan la muerte corporal.

En este sentido, el mismo acontecimiento los alcanza: la respiración cesa y la materia vuelve al polvo.

El propósito de Eclesiastés es humillar la pretensión del ser humano que imagina poseer vida autónoma. Observada solamente bajo la realidad de la mortalidad, la carne humana no puede jactarse ante las demás criaturas.

Pero el texto no afirma que los seres humanos y los animales sean iguales en toda su constitución.

Tampoco ofrece, en ese momento, una definición completa del alma humana.

El hecho de que Eclesiastés mencione cuerpo y aliento no constituye una negación del alma. El autor está tratando el aspecto común que desea destacar: la fragilidad de la vida corporal.

El silencio de un pasaje no puede convertirse en una declaración contraria a lo que enseñan otros pasajes.

Si un texto habla del cuerpo y del espíritu, no podemos introducir en él una explicación que no pretende dar. Pero tampoco podemos concluir que el alma no exista simplemente porque no fue mencionada.

Como vimos, el vocabulario de *nefesh* y *ruach* puede ser aplicado a los animales cuando significa criatura viva y aliento de vida. Esto no les atribuye automáticamente la identidad moral, la responsabilidad y la posición concedidas al ser humano hecho a imagen de Dios.

Eclesiastés compara la mortalidad.

No borra la singularidad humana establecida en la creación.

La muerte de los patriarcas

Las narraciones de los patriarcas presentan una secuencia significativa de expresiones.

Acerca de Abraham está escrito:

«Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue reunido a su pueblo».

Génesis, capítulo 25, versículo 8.

En el versículo siguiente, sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpela.

El relato distingue los acontecimientos:

Abraham expiró.

Abraham murió.

Fue reunido a su pueblo.

Y su cuerpo fue sepultado.

Acerca de Isaac leemos una construcción semejante:

«Y exhaló Isaac el espíritu, y murió, y fue reunido a su pueblo, viejo y lleno de días; y lo sepultaron Esaú y Jacob sus hijos».

Génesis, capítulo 35, versículo 29.

En la muerte de Jacob, el texto registra:

«Cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la cama, expiró y fue reunido con sus padres».

Génesis, capítulo 49, versículo 33.

Su cuerpo todavía sería embalsamado en Egipto, llevado hasta Canaán y sepultado en la cueva de Macpela. Por tanto, en el relato de Jacob, «ser reunido a su pueblo» no puede identificarse simplemente con el instante del entierro corporal.

La expresión no ofrece, por sí sola, una descripción completa del estado de los muertos. Génesis no interrumpe la narración para explicar cómo sucede esa reunión.

Aun así, el lenguaje no reduce al patriarca al cadáver.

El cuerpo tendría un destino visible: el sepulcro.

El patriarca es descrito como reunido a su pueblo.

Existe, como mínimo, una distinción literaria entre la persona que expiró y el cuerpo que después recibió sepultura.

El significado de *gāwaʿ*

El verbo traducido como «expirar» es *gāwaʿ*.

Comunica la idea de exhalar el último aliento o llegar al fin de la vida.

El término aparece en las muertes de Abraham, Ismael, Isaac y Jacob. También puede ser empleado en otros contextos, incluso con respecto a las criaturas alcanzadas por el diluvio.

Por eso, no debemos presentarlo como una palabra sagrada reservada exclusivamente para la muerte de los patriarcas o de los siervos fieles.

Su valor para este estudio está en el acontecimiento que describe.

El ser viviente expira.

El aliento deja de sostener la carne.

El cuerpo muere.

Esto armoniza con Eclesiastés: el polvo vuelve a la tierra, y el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio.

No necesitamos atribuirle al verbo lo que no dice. *Gāwaʿ* no es, por sí solo, una demostración completa de la tricotomía. Identifica el término de la respiración y de la vida corporal.

Sin embargo, colocado junto a las demás declaraciones bíblicas, participa de un cuadro coherente:

La vida corporal depende del aliento concedido por Dios.

Cuando ese aliento se retira, el cuerpo muere.

Y el ser humano no es presentado solamente como los restos mortales colocados en una sepultura.

La muerte como separación

Durante la vida terrenal, el ser humano existe como una unidad.

Su cuerpo no vive separado del espíritu.

Su identidad no actúa en este mundo sin el cuerpo.

Cuerpo, alma y espíritu pertenecen a una sola persona.

La muerte rompe esa unidad terrenal.

El cuerpo vuelve a la materia.

El espíritu vuelve a Dios.

Y la identidad personal no puede reducirse al cuerpo sin vida.

Esta es la lectura tricotómica que comienza a surgir de los textos examinados.

Eclesiastés no presenta una teoría completa del alma.

Génesis no ofrece una exposición sistemática acerca del destino intermedio.

El verbo *gāwaʿ* no resuelve por sí solo la antropología humana.

Pero cada elemento ocupa su lugar:

- La creación muestra al polvo recibiendo el aliento y convirtiéndose en una persona viva.
- La muerte muestra al polvo y al espíritu siguiendo destinos distintos.
- Los relatos patriarcales distinguen el acto de expirar, la muerte, la reunión con el pueblo y la sepultura.
- El silencio acerca del alma en determinado versículo no anula su existencia ni su distinción en otros pasajes.

No estamos construyendo una doctrina sobre una palabra aislada.

Estamos reconociendo una dirección que atraviesa los textos y que será declarada con mayor claridad en el Nuevo Testamento.

Lo que podemos afirmar hasta aquí

Debemos distinguir nuevamente texto, inferencia y síntesis.

Los textos declaran:

- El ser humano fue formado del polvo y se convirtió en ser viviente por el aliento concedido por Dios.
- Seres humanos y animales comparten la mortalidad corporal y el aliento de vida.
- En la muerte humana, el polvo vuelve a la tierra y el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio.
- Abraham e Isaac expiraron, murieron, fueron reunidos a su pueblo y sus cuerpos fueron sepultados.
- Jacob expiró y fue reunido a su pueblo antes de que su cuerpo fuera llevado de Egipto para ser sepultado en Canaán.

Los textos permiten concluir:

- La muerte implica la separación entre la carne y el principio de vida procedente de Dios.
- «Ser reunido a su pueblo» no debe reducirse automáticamente a la sepultura física.
- La mención del cuerpo y del espíritu en Eclesiastés no constituye una negación del alma.

Esta obra sintetiza:

La muerte deshace temporalmente la unidad de la existencia terrenal: el cuerpo vuelve al polvo, el espíritu vuelve a Dios y la identidad personal no se reduce a la materia sepultada.

Esta síntesis todavía necesita recibir una formulación apostólica explícita y una demostración completa.

Esto es precisamente lo que encontraremos en los próximos capítulos.

Conclusión

La muerte permite ver aquello que, durante la vida, permanece unido.

El cuerpo que vino del polvo vuelve al polvo.

El espíritu que procede del don de Dios vuelve al Dador.

Y el ser humano que murió no se define solamente por el lugar donde fue depositado su cuerpo.

Los patriarcas expiraron.

Sus cuerpos fueron sepultados.

Y ellos fueron reunidos a su pueblo.

No necesitamos convertir estas expresiones en una descripción que exceda el texto. Tampoco tenemos autorización para vaciarlas.

El Antiguo Testamento prepara el camino.

En el próximo capítulo, Pablo nombrará la totalidad humana de manera directa: espíritu, alma y cuerpo.

Después miraremos a Jesucristo.

En él, aquello que la creación inició, que la muerte separó y que Pablo distinguió será demostrado de manera cristocéntrica.

Referencias principales del capítulo

- Génesis 2.7.
- Génesis 6.17; 7.21-22.
- Génesis 25.7-10.
- Génesis 35.28-29.
- Génesis 49.29-33; 50.1-13.
- Eclesiastés 3.18-21.
- Eclesiastés 12.1-7.

Nota técnica para revisión y apéndice

- Eclesiastés 12.7 emplea *ruach* al declarar que el espíritu o aliento vuelve a Dios, quien lo dio.
- Eclesiastés 3.19 afirma que seres humanos y animales poseen «un mismo *ruach*» en el contexto de la respiración, la mortalidad y el regreso al polvo.
- El verbo *gāwaʿ* significa expirar o llegar al final de la vida; no debe ser tratado como término exclusivo para la muerte de los justos.
- Génesis 25.8 registra, respecto de Abraham, *gāwaʿ*, muerte y reunión con su pueblo; la sepultura aparece en el versículo siguiente.
- Génesis 35.29 registra, respecto de Isaac, expiración, muerte, reunión con su pueblo y sepultura.
- Génesis 49.33 registra que Jacob expiró y fue reunido con su pueblo; su embalsamamiento, traslado y sepultura aparecen posteriormente.

- «Reunido a su pueblo» no debe reducirse automáticamente a la sepultura, pero tampoco debe utilizarse por sí solo para construir una descripción completa del estado intermedio.

Capítulo 5 - Pablo nombra la totalidad humana

Existen pasajes que desarrollan una doctrina a lo largo de muchos versículos.

Otros concentran una verdad inmensa en una sola declaración.

Es lo que encontramos cerca del final de la Primera Carta a los Tesalonicenses:

«Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo».

Primera a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículo 23.

Esta declaración constituye el fundamento apostólico de la antropología defendida en este libro.

Pablo habla de la totalidad del cristiano y reúne tres términos:

Espíritu.

Alma.

Y cuerpo.

En griego:

Pneuma.

Psychē.

Y *sōma*.

Antes de buscar una manera de aproximar o eliminar estos términos, debemos comenzar por el dato más sencillo: el apóstol los escribió y los distinguió.

Una iglesia llamada a la santificación

Pablo escribió a una comunidad cristiana real, joven y rodeada de oposición.

Los tesalonicenses habían abandonado los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. Al mismo tiempo, necesitaban crecer en santidad, amor, perseverancia y entendimiento acerca de la venida de Cristo.

En el capítulo final de la carta, Pablo presenta una serie de orientaciones prácticas:

Vivan en paz.

Consuelen a los desanimados.

Sostengan a los débiles.

Sean pacientes.

No devuelvan mal por mal.

Estén siempre gozosos.

Oren sin cesar.

Examínenlo todo.

Retengan lo bueno.

Absténganse de toda forma de mal.

Después de llamar a los cristianos a la obediencia, Pablo señala a aquel que realiza en ellos lo que no podrían completar por sus propias fuerzas:

«El mismo Dios de paz os santifique por completo».

En el versículo siguiente añade:

«Fiel es el que os llama, el cual también lo hará».

El contexto es la santificación.

Dios no reclama solamente una actividad religiosa del ser humano. Santifica a la persona entera.

Es dentro de esa totalidad donde Pablo nombra espíritu, alma y cuerpo.

La oración apostólica también enseña

El pasaje posee la forma de una oración, deseo o bendición apostólica.

Pablo pide que Dios santifique y preserve a los cristianos.

Esto no vuelve su declaración doctrinalmente vacía.

Una oración continúa empleando palabras con significado. Una bendición continúa comunicando verdad. El hecho de que Pablo esté orando no convierte tres sustantivos en uno solo ni permite descartarlos.

Las propias cartas apostólicas contienen otras oraciones cargadas de enseñanza.

Cuando Pablo pide que los filipenses crezcan en amor, conocimiento y discernimiento, su oración enseña acerca de la vida cristiana.

Cuando pide que los efesios sean fortalecidos en el hombre interior, enseña acerca de la actuación de Dios en el cristiano.

Cuando ora para que los colosenses sean llenos del conocimiento de la voluntad divina, continúa instruyendo a la Iglesia.

No necesitamos elegir entre oración y doctrina.

Primera a los Tesalonicenses 5.23 es una oración apostólica con contenido doctrinalmente relevante.

Y, en esa oración, Pablo distingue espíritu, alma y cuerpo.

La totalidad en el texto griego

Dos expresiones destacan la amplitud del pasaje.

La primera comunica la idea de santificación completa.

La segunda habla de la preservación integral.

Pablo no pide que Dios santifique solamente el comportamiento visible ni solamente lo que sucede en el interior. Su oración contempla todo lo que constituye a la persona.

Es entonces cuando aparece la expresión:

To pneuma kai hē psychē kai to sōma.

El espíritu, y el alma, y el cuerpo.

Los tres sustantivos poseen sus propios artículos.

To pneuma.

Hē psychē.

To sōma.

Están unidos por la conjunción «y», pero no pierden su identidad léxica.

Pneuma no es la misma palabra que *psychē*.

Psychē no es la misma palabra que *sōma*.

Pablo reunió los tres términos para hablar de una sola totalidad humana.

Esto nos protege de dos errores.

El primero sería borrar las distinciones y tratar la enumeración como si el apóstol hubiera repetido la misma palabra tres veces.

El segundo sería imaginar tres personas independientes dentro del ser humano.

Pablo no presenta tres sujetos.

Presenta una persona integral, descrita mediante espíritu, alma y cuerpo.

Tenemos unidad sin confusión.

Distinción sin desintegración.

Lo que Pablo afirma y lo que todavía será demostrado

Pablo no interrumpe la carta para definir detalladamente la función de cada elemento.

No explica en este versículo cómo se relacionan el alma y el espíritu durante cada experiencia humana.

No describe lo que sucede con los tres en el momento de la muerte.

Sin embargo, estas ausencias no anulan lo que está presente.

El texto afirma directamente:

- existe una totalidad humana que debe ser santificada y preservada;
- en esa totalidad, Pablo nombra espíritu, alma y cuerpo;
- los tres términos pertenecen a los mismos cristianos;
- la persona continúa siendo una, aunque los términos sean distinguibles.

La interpretación tricotómica concluye que Pablo nombra tres dimensiones reales de la constitución humana.

Esta conclusión no dependerá de una enumeración aislada. En los capítulos siguientes veremos qué sucedió con el espíritu, el cuerpo y el alma de Jesús en su muerte.

Pablo proporciona la formulación.

Cristo proporcionará la demostración.

Alma y espíritu pueden poseer usos cercanos

Las palabras *psychē* y *pneuma* poseen campos de significado amplios.

Según el contexto, *psychē* puede significar alma, vida, persona o ser viviente.

Pneuma puede significar viento, soplo, espíritu humano, ser espiritual o el Espíritu Santo.

Reconocer esta variedad forma parte de la exégesis responsable.

Pero que palabras diferentes puedan aproximarse en determinados contextos no significa que sean ontológicamente idénticas en todos los contextos.

Dos palabras pueden referirse a la interioridad humana sin ser obligatoriamente equivalentes.

Un pasaje puede destacar lo que poseen en común.

Otro puede distinguirlas.

Por eso, el contexto no puede ser sustituido por una regla mecánica.

No defenderemos la tricotomía fingiendo que *psychē* y *pneuma* siempre poseen sentidos rígidamente separados.

Tampoco aceptaremos que la existencia de usos cercanos sea empleada para borrar la distinción explícita hecha por Pablo.

La Palabra alcanza la división del alma y del espíritu

Hebreos 4.12 ofrece un testimonio convergente:

«Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón».

El propósito principal del texto es exaltar el alcance de la Palabra de Dios.

Nada en el ser humano permanece oculto ante ella.

La Palabra alcanza aquello que el discernimiento humano no consigue penetrar y expone pensamientos e intenciones ante Dios.

Pero observe cómo comunica el autor esa profundidad:

Menciona el alma y el espíritu.

Y habla de división entre ellos.

El lenguaje no debe ser tratado como si la Palabra penetrara hasta una distinción completamente inexistente. La imagen posee fuerza precisamente porque alcanza aquello que, a los ojos humanos, es difícil distinguir.

Hebreos no necesita sostener por sí solo toda la antropología tricotómica. Su tema inmediato no es presentar una lista completa de la composición humana.

Aun así, el versículo confirma una posibilidad decisiva:

El alma y el espíritu pueden ser distinguidos por la Palabra de Dios.

Pablo los nombra por separado.

Hebreos habla de su división.

Estos testimonios no deben ser colocados uno contra otro ni vaciados para proteger una teoría anterior.

Los textos parciales no anulan la enumeración completa

La Biblia no siempre menciona cuerpo, alma y espíritu en el mismo pasaje.

En algunos textos encontramos cuerpo y alma.

En otros, carne y espíritu.

En otros, corazón, mente, conciencia y fuerzas.

Esto no produce contradicción.

Cada autor puede mencionar solamente los aspectos necesarios para el asunto que está tratando.

Cuando un pasaje habla de cuerpo y espíritu, el silencio acerca del alma no significa que haya dejado de existir.

Cuando otro habla de cuerpo y alma, la ausencia de la palabra espíritu no constituye una declaración de que alma y espíritu sean idénticos.

Una descripción parcial no revoca una enumeración más amplia.

El error consiste en utilizar aquello que un texto no pretende explicar para borrar lo que otro declaró claramente.

Primera a los Tesalonicenses 5.23 continúa siendo la enumeración apostólica más directa de la totalidad humana:

Espíritu.

Alma.

Cuerpo.

La autoridad de la enseñanza apostólica

La importancia de esta declaración no depende de la formación rabínica de Pablo ni de su capacidad intelectual, aunque era un hombre instruido.

Su autoridad nace del llamado de Cristo.

Pablo afirma que el Evangelio anunciado por él no tuvo origen humano, sino que fue recibido mediante revelación de Jesucristo.

Esto no significa que cada frase de sus cartas haya sido dictada aisladamente por el Señor sin la participación de su personalidad, vocabulario y contexto. Significa que su ministerio y su enseñanza apostólica fueron recibidos bajo la autoridad de Cristo y preservados en las Escrituras.

Pedro también reconoce la sabiduría concedida a Pablo. Al mencionar sus cartas, afirma que en ellas hay asuntos difíciles, que personas ignorantes e inconstantes tuercen, como también hacen con las demás Escrituras.

Esta observación es importante por dos razones.

Primero, Pedro reconoce que Pablo recibió sabiduría.

Segundo, advierte que sus escritos pueden ser torcidos.

Por tanto, no tratamos 1 Tesalonicenses 5.23 como opinión particular de un hombre que intenta construir una filosofía rival.

Recibimos la declaración como enseñanza apostólica perteneciente a la Palabra de Dios.

El primer pilar de la demostración

Ahora podemos resumir el capítulo en tres niveles.

El texto declara:

Pablo reunió *pneuma, psychē* y *sōma* al pedir que Dios santificara y preservara integralmente a los cristianos.

El texto permite concluir:

Los tres términos pueden ser distinguidos sin convertir al ser humano en tres personas.

Esta obra sostiene:

El ser humano es una unidad constituida por espíritu, alma y cuerpo.

No afirmamos que un solo pasaje responda a todas las preguntas posibles.

Tampoco permitimos que lo escrito por Pablo sea reducido a una enumeración sin significado.

Por el solo hecho de que el apóstol reunió y distinguió los tres al hablar de la totalidad humana, esa distinción ya debe ser respetada.

El siguiente paso será mirar a Jesucristo.

Antes de examinar su muerte, deberemos establecer que el Hijo verdaderamente se hizo uno de nosotros. Su divinidad no anuló su humanidad, y su humanidad no fue incompleta.

Cuando esta verdad esté establecida, podremos observar lo que sucedió con su espíritu, su alma y su cuerpo.

Pablo nombró la totalidad.

En Cristo veremos su aplicación.

Referencias principales del capítulo

- Gálatas 1.11-17.
- Filipenses 1.9-11.
- Colosenses 1.9-12.
- 1 Tesalonicenses 1.9-10; 4.1-8; 5.12-24.
- Hebreos 4.12-13.
- 2 Pedro 3.15-16.

Nota técnica para revisión y apéndice

- 1 Tesalonicenses 5.23 contiene *to pneuma kai hē psychē kai to sōma*: «el espíritu, y el alma, y el cuerpo». Los tres sustantivos son distintos y aparecen articulados.
- Los términos relacionados con la santificación completa y la preservación integral resaltan que Pablo contempla a la persona entera.
- Hebreos 4.12 contiene la expresión *merismou psychēs kai pneumatos*: «división del alma y del espíritu». El tema principal es el poder penetrante de la Palabra, pero la formulación reconoce que alma y espíritu pueden ser distinguidos.
- Gálatas 1.11-12 afirma que el Evangelio anunciado por Pablo no era de origen humano, sino recibido mediante revelación de Jesucristo.
- 2 Pedro 3.15-16 reconoce la sabiduría concedida a Pablo y relaciona sus cartas con las demás Escrituras.

Capítulo 6 - Él verdaderamente se hizo uno de nosotros

Pablo nombró espíritu, alma y cuerpo al hablar de la totalidad humana.

Pero la demostración de este libro no terminará en una enumeración.

Debe llegar a Jesucristo.

Sin embargo, antes de observar su muerte, una verdad debe permanecer absolutamente firme:

Jesús no parecía humano.

No utilizó un cuerpo como simple apariencia.

No asumió solamente una parte de nuestra constitución.

Él verdaderamente se hizo uno de nosotros.

Permaneció plenamente Dios y se hizo plenamente hombre.

Por eso, lo que las Escrituras registraron acerca de su espíritu, de su alma y de su cuerpo posee una importancia decisiva para la antropología cristiana.

El Verbo se hizo carne

El Evangelio de Juan comienza antes del nacimiento en Belén:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios».

El Hijo no comenzó a existir cuando nació de María.

Él es el Verbo eterno.

Estaba con Dios.

Era Dios.

Todas las cosas fueron hechas por medio de él.

Entonces Juan declara:

«Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros».

En griego:

Ho Logos sarx egeneto.

El Verbo se hizo carne.

El sujeto de la frase continúa siendo el mismo. Aquel que era Dios se hizo carne sin dejar de ser el Verbo.

No abandonó la divinidad para hacerse hombre. Tampoco mezcló las dos realidades de tal manera que dejara de ser verdaderamente Dios o verdaderamente hombre.

El Hijo eterno asumió nuestra humanidad.

Un solo Cristo.

Plenamente Dios.

Plenamente hombre.

Confesar que Jesús vino en carne

La realidad de la encarnación es tan importante que Juan la presenta como criterio de discernimiento:

«Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios».

Negar que Jesús vino en carne alcanza al propio Evangelio.

Si su humanidad fuera solamente apariencia, su sufrimiento sería apariencia.

Su muerte sería apariencia.

Su sepultura sería apariencia.

Y la resurrección corporal perdería su sentido.

Juan no permite una fe en Cristo separada de la encarnación real.

Sin embargo, debemos aplicar este pasaje con precisión. Una persona puede interpretar la constitución humana de manera diferente de la presentada en este libro sin que, por ello, esté negando automáticamente que Jesús vino en carne. No utilizaremos las palabras de Juan para condenar indiscriminadamente a todos los que defienden la dicotomía u otra antropología.

Nuestro argumento es otro:

Si confesamos que Cristo asumió una humanidad verdadera, debemos tomar en serio todo lo que las Escrituras dicen acerca de esa humanidad.

Y las Escrituras hablan de su cuerpo, de su alma y de su espíritu.

Participó de carne y sangre

Hebreos explica por qué la encarnación era necesaria:

«Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo».

El Hijo vino a salvar a seres humanos y participó de la condición de aquellos a quienes vino a rescatar.

El texto continúa:

«Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote».

«En todo» no significa que Jesús participara del pecado.

El mismo libro declara que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

El pecado no es parte indispensable de la humanidad. Es su corrupción.

Cristo asumió aquello que pertenece a la verdadera naturaleza humana sin participar de la rebelión que la deformó.

Sintió hambre.

Sintió sed.

Experimentó cansancio.

Conoció la tristeza.

Sufrió.

Sangró.

Murió.

Fue sepultado.

Era necesario que fuera verdaderamente semejante a sus hermanos para representarlos.

Era necesario que pudiera morir para vencer, por medio de la muerte, a aquel que tenía el poder de la muerte.

La encarnación no es un detalle anterior a la cruz.

Hace posible la cruz.

Jesús poseía alma

La humanidad de Cristo no consistía solamente en un cuerpo dirigido exteriormente por la divinidad.

En Getsemaní, Jesús declaró:

«Mi alma está muy triste, hasta la muerte».

En el texto griego:

Hē psychē mou.

«Mi alma».

El propio Jesús se atribuye una *psychē*.

Su angustia no era una representación. La proximidad de la cruz atravesó su experiencia humana real.

En Juan 12 también declara:

«Ahora está turbada mi alma».

Nuevamente, la palabra es *psychē*.

Jesús amó.

Tuvo compasión.

Se maravilló.

Lloró.

Se entristeció.

Se sometió voluntariamente al Padre.

Nada de esto disminuye su divinidad. Revela que el Hijo eterno vivió una humanidad verdadera.

Su alma no aparece por primera vez en la explicación de Pedro acerca del Hades. El propio Cristo habla de su *psychē* antes de la muerte.

Jesús poseía espíritu

Los Evangelios también utilizan *pneuma* con relación a Jesús.

Juan registra que, en la noche de la traición, Jesús se conmovió en espíritu.

La expresión es:

Tō pneumati.

«En el espíritu».

Es necesario reconocer que no toda aparición de *pneuma* en los Evangelios se refiere al espíritu humano de Cristo. Jesús vivió en perfecta comunión con el Espíritu Santo, y el contexto debe determinar cada uso.

Sin embargo, Lucas 23.46 eliminará cualquier duda en cuanto a la posesión personal:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

To pneuma mou.

«Mi espíritu».

El posesivo es explícito.

Jesús poseía *pneuma* y lo entregó al Padre.

Jesús poseía cuerpo

El cuerpo de Cristo también era verdadero.

Fue concebido y nació.

Creció.

Caminó.

Sintió hambre y sed.

Durmió a causa del cansancio.

Fue tocado.

Recibió heridas.

Su sangre fue derramada.

Hebreos presenta al Hijo diciendo:

«Me preparaste cuerpo».

En el Nuevo Testamento, la palabra es *sōma*.

Jesús también habló del pan como representación de su cuerpo entregado a favor de los discípulos.

Después de su muerte, José de Arimatea pidió su *sōma*, lo bajó de la cruz, lo envolvió en lino y lo colocó en el sepulcro.

No había allí una apariencia.

Era el cuerpo real del Hijo encarnado.

Cuerpo, alma y espíritu en el mismo Cristo

Incluso antes de reunir los acontecimientos de la muerte, ya encontramos el vocabulario aplicado a Jesús:

Habla de su *psychē*.

Entrega su *pneuma*.

Y posee *sōma*.

Alma.

Espíritu.

Cuerpo.

No son tres Cristos.

No son tres personas independientes.

El mismo Jesús dice «mi alma» y «mi espíritu».

El cuerpo preparado y ofrecido pertenece al mismo Hijo.

La tricotomía no fragmenta a la persona. Describe distinciones reales dentro de la humanidad del único Cristo.

Esto armoniza con la declaración de Pablo.

Pablo nombró *pneuma, psychē* y *sōma* en la totalidad humana.

Los Evangelios y Hebreos aplican este vocabulario a Jesús.

Sin pecado, pero verdaderamente hombre

Alguien podría preguntar si la ausencia de pecado haría a Jesús menos humano.

La respuesta es no.

El pecado no define a la humanidad como Dios la creó. La hiere.

Jesús no necesitaba pecar para ser hombre. Por el contrario, en él vemos una humanidad santa, obediente y plenamente sometida al Padre.

Su tentación fue real.

Su sufrimiento fue real.

Su obediencia fue real.

Su muerte fue real.

Puede compadecerse de nuestras debilidades porque vivió la condición humana sin rendirse al pecado.

Así, no afirmamos que Jesús fuera semejante a nosotros en corrupción moral.

Afirmamos lo que enseña Hebreos:

Fue semejante a sus hermanos.

Participó de carne y sangre.

Fue tentado según nuestra semejanza.

Permaneció sin pecado.

Por qué su muerte revela nuestra composición

Durante la vida terrenal, el cuerpo, el alma y el espíritu actúan en la unidad de la persona.

Cuando alguien piensa, siente, adora, habla o actúa, no observamos tres sujetos que operan por separado. Es la persona entera la que vive.

En la muerte, sin embargo, sucede una separación.

Por eso, la muerte de Cristo posee valor antropológico para este estudio.

No porque la cruz haya sido presentada como una clase abstracta acerca de la constitución humana.

Sino porque las Escrituras registraron lo que sucedió con aquel que verdaderamente se hizo hombre.

Su espíritu fue entregado al Padre.

Su cuerpo fue colocado en el sepulcro.

Su alma no fue abandonada en el Hades.

Si Cristo no fuera verdaderamente hombre, esta secuencia no podría demostrar la composición humana.

Pero él se hizo uno de nosotros.

Por eso, los acontecimientos de su muerte no pueden ser tratados como irrelevantes para la antropología bíblica.

Cristo es la medida

No estamos intentando ajustar a Jesús a una teoría elegida previamente.

Estamos haciendo el movimiento contrario.

Sometemos nuestra comprensión del ser humano a aquello que fue revelado en Cristo.

Él es la Piedra Angular.

Las demás piedras de la construcción deben alinearse con él.

Si una interpretación exige que las palabras aplicadas a Cristo sean ignoradas, es la interpretación la que debe ser reexaminada.

Esto no nos autoriza a actuar con arrogancia. La verdad de Cristo exige firmeza, pero también temor, honestidad y disposición para examinar las Escrituras.

No permanecemos con la tricotomía para preservar una etiqueta.

Permanecemos porque Pablo distinguió espíritu, alma y cuerpo y porque encontramos los tres aplicados al Hijo encarnado.

Conclusión

Jesucristo vino en carne.

El Verbo eterno se hizo uno de nosotros sin dejar de ser Dios.

Participó de carne y sangre.

Fue semejante a sus hermanos.

Poseía cuerpo, alma y espíritu.

Sōma.

Psychē.

Y *pneuma*.

No tres personas.

Un solo Cristo.

Una humanidad completa.

En el próximo capítulo contemplaremos esta tricotomía aplicada a su muerte.

Primero, el *pneuma* será entregado al Padre.

Después, el *sōma* será colocado en el sepulcro.

Y Pedro explicará que la *psychē* no fue abandonada en el Hades.

Pablo presentó la totalidad.

Cristo, que verdaderamente se hizo uno de nosotros, demostrará su aplicación en la cruz.

Referencias principales del capítulo

- Mateo 26.36-46.
- Lucas 23.46; 24.36-43.
- Juan 1.1-14; 12.27; 13.21; 19.28-42.
- 1 Juan 4.1-3.
- Filipenses 2.5-11.
- Hebreos 2.9-18; 4.14-16; 10.5-10.

Nota técnica para revisión y apéndice

- Juan 1.14 emplea *sarx*, «carne», para afirmar la encarnación real del Verbo.
- Hebreos 2.14 declara que el Hijo participó de carne y sangre; 2.17 afirma que fue semejante a sus hermanos. Hebreos 4.15 preserva la diferencia: sin pecado.
- Mateo 26.38 y Juan 12.27 emplean *psychē* en declaraciones de Jesús acerca de «mi alma».
- Juan 13.21 declara que Jesús se conmovió *tō pneumati*, «en el espíritu»; Lucas 23.46 contiene la posesión explícita, *to pneuma mou*, «mi espíritu».
- Hebreos 10.5 emplea *sōma*, «cuerpo». Lucas 23.52 aplica el mismo sustantivo al cuerpo de Jesús solicitado por José.
- Estos textos confirman el vocabulario de cuerpo, alma y espíritu en Jesús. La matriz de la muerte será establecida en el capítulo siguiente.

Capítulo 7 - La tricotomía aplicada a la muerte de Cristo

No comience por las opiniones humanas.

Mire hacia la cruz.

Si Jesucristo verdaderamente se hizo uno de nosotros, su humanidad no era aparente ni incompleta. Participó de carne y sangre. Experimentó cansancio, dolor y muerte. El mismo Hijo que permaneció plenamente Dios asumió plenamente la naturaleza humana.

Por eso, lo que las Escrituras registraron acerca de su muerte posee un valor decisivo para la antropología bíblica.

Pablo ya había nombrado la totalidad humana:

Espíritu.

Alma.

Y cuerpo.

Pneuma.

Psychē.

Y *sōma*.

Ahora veremos estos tres términos aplicados a la muerte del propio Jesús.

No aparecen reunidos en el mismo versículo, porque los acontecimientos fueron registrados en momentos diferentes. Sin embargo, pertenecen al mismo Cristo, a la misma muerte y a la misma revelación apostólica.

Primero, Jesús entrega su espíritu al Padre.

Después, José de Arimatea pide su cuerpo y lo coloca en el sepulcro.

Más tarde, Pedro explica que su alma no fue abandonada en el Hades.

Esta secuencia constituye el centro de este libro.

Primero: Cristo entregó su *pneuma*

Jesús todavía estaba en la cruz cuando pronunció sus últimas palabras registradas por Lucas:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

En el texto griego leemos:

Pater, eis cheiras sou paratithemai to pneuma mou.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

La palabra traducida como espíritu es *pneuma*.

La declaración es personal y consciente.

Jesús no dice solamente que la vida está terminando. Se dirige al Padre y le confía aquello que llama «mi espíritu».

El verbo *paratithemai* comunica la idea de entregar, confiar o poner bajo el cuidado de alguien. Cristo no está siendo vencido contra su voluntad. Incluso en el momento extremo del sufrimiento, permanece consciente de quién es, de quién es el Padre y del destino de aquel espíritu que entrega.

Lucas también preserva el orden del acontecimiento:

Jesús entrega su espíritu.

Después, expira.

El texto no dice que el cuerpo de Cristo fuera entregado en aquel instante a las manos invisibles del Padre. Aquel cuerpo todavía permanecía en la cruz y, poco después, sería accesible a los hombres que lo retirarían.

Jesús nombra específicamente el *pneuma*.

No el *sōma*.

No la *psychē*.

El *pneuma*.

Juan registra el mismo momento mediante la expresión «entregó el espíritu». Aunque la formulación de Juan también describe el acto de morir, Lucas ofrece la declaración más completa, pues registra la entrega dirigida al Padre.

Esta primera parte de la demostración está fundamentada en lo que el texto declara directamente:

Espíritu - *pneuma* - entregado al Padre - Lucas 23.46.

No necesitamos especular acerca del camino invisible recorrido por el espíritu. La Escritura informa lo necesario: Jesús poseía *pneuma* y lo entregó al Padre.

Después: José pidió el *sōma*

Después de la muerte de Jesús, José de Arimatea se presenta ante Pilato.

Lucas escribe:

«Este fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús».

En griego:

Ētēsato to sōma tou Iēsou.

«Pidió el cuerpo de Jesús».

La palabra es *sōma*.

El mismo sustantivo empleado por Pablo al hablar del cuerpo humano en 1 Tesalonicenses 5.23 aparece ahora en el relato de la sepultura de Cristo.

La precisión de la narración es sencilla y poderosa.

José no pide el *pneuma* de Jesús.

No pide su *psychē*.

Pide su *sōma*.

El cuerpo permanecía en el escenario físico del Calvario.

Podía ser bajado de la cruz.

Podía ser envuelto en lino.

Podía ser transportado.

Podía ser colocado en un sepulcro excavado en la roca.

Esto es exactamente lo que hizo José.

Los Evangelios no presentan un cuerpo aparente. La sepultura confirma la realidad de la muerte humana de Jesús. Pilato se aseguró de que había muerto. José recibió el cuerpo. Las mujeres observaron dónde fue colocado.

La distinción con respecto al espíritu entregado al Padre está ante nosotros.

El *pneuma* fue confiado al Padre.

El *sōma* permaneció accesible en la cruz y fue depositado en el sepulcro.

No estamos creando esta separación mediante una teoría. La muerte la manifestó en la propia narración.

Esta es la segunda parte de la demostración:

Cuerpo - *sōma* - bajado de la cruz y colocado en el sepulcro - Lucas 23.52-53.

El cuerpo muerto no dejó de pertenecer a Jesús. Lucas lo llama «cuerpo de Jesús». La separación no creó otro sujeto. Aquel cuerpo continuaba relacionado con la misma persona que lo había ofrecido en la cruz.

La profecía: la *psychē* no sería abandonada en el Hades

Ahora llegamos a la tercera parte.

No aparece en el relato de la sepultura, sino en la explicación apostólica de la resurrección.

El día de Pentecostés, Pedro se levanta ante la multitud y anuncia que Jesús, entregado y muerto, fue resucitado por Dios. Para demostrar que esto ya había sido profetizado, cita el Salmo 16:

«No dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción».

En Hechos 2.27, la palabra traducida como alma es *psychē*.

La expresión griega contiene:

Tēn psychēn mou eis Hadēn.

«Mi alma en el Hades».

Este lenguaje no surgió solamente en una traducción. Está presente en el texto griego citado por Pedro.

El Salmo había sido escrito en hebreo. Allí encontramos *nefesh* para alma o vida personal y Seol para el dominio de los muertos. En la Septuaginta, antigua traducción griega del Antiguo Testamento, *nefesh* fue traducida como *psychē*, y Seol, como Hades.

Pedro utiliza esta forma griega y la aplica directamente a Jesús.

Explica que David era profeta. David murió, fue sepultado y su sepulcro era conocido. Por tanto, la profecía no encontró en David su cumplimiento definitivo. David hablaba anticipadamente de la resurrección del Cristo.

En el versículo 31, Pedro declara que Cristo no fue abandonado en el Hades y que su carne no vio corrupción.

Debe preservarse una precisión textual.

En Hechos 2.27, *psychē* aparece expresamente: «mi alma». En el texto griego crítico de Hechos 2.31, Pedro no repite necesariamente el sustantivo; explica que Cristo no fue abandonado en el Hades. Algunas tradiciones textuales y traducciones repiten «su alma». De cualquier manera, la relación entre los versículos es directa: el versículo 31 interpreta la profecía citada en el versículo 27.

Pedro habla de dos realidades relacionadas con la misma muerte:

El alma no sería abandonada en el Hades.

La carne no vería corrupción.

El cuerpo estaba en el sepulcro.

La *psychē* es mencionada con relación al Hades.

Y Dios resucitó a Jesús.

Esta es la tercera parte de la demostración:

Alma - *psychē* - no abandonada en el Hades - Hechos 2.27, explicado en Hechos 2.31.

Paraíso, Hades y el límite necesario

No necesitamos convertir este capítulo en un tratado sobre el mundo de los muertos.

Para la demostración antropológica, bastan los datos relacionados directamente con Cristo.

En la cruz, Jesús le prometió al ladrón arrepentido:

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

En Lucas 16, el Señor había descrito consuelo junto a Abraham y tormento en el Hades, separados por un gran abismo.

Cuando armonizamos estos pasajes, comprendemos el Paraíso prometido al ladrón en correspondencia con el lugar de consuelo, y no con el tormento de los perdidos. Esta correspondencia es una síntesis teológica; Lucas no escribió literalmente que «el Paraíso era una sección del Hades».

El punto indispensable para este libro es más sencillo:

Jesús prometió presencia personal al ladrón.

Pedro afirmó que la *psychē* de Cristo no sería abandonada en el Hades.

El *sōma* permaneció en el sepulcro.

El *pneuma* había sido entregado al Padre.

No avanzaremos más allá de lo necesario, porque el asunto de este libro es la composición humana revelada en Cristo.

La matriz cristocéntrica

Ahora podemos colocar los tres acontecimientos uno al lado del otro:

Dimensión	Palabra griega	Acontecimiento	Referencia principal
Espíritu	*pneuma*	Entregado al Padre	Lucas 23.46
Cuerpo	*sōma*	Bajado de la cruz y colocado en el sepulcro	Lucas 23.52-53
Alma	*psychē*	No abandonada en el Hades	Hechos 2.27, explicado en 2.31

Pablo había presentado:

Pneuma.

Psychē.

Sōma.

En la muerte de Cristo encontramos:

El *pneuma* entregado al Padre.

El *sōma* colocado en el sepulcro.

La *psychē* no abandonada en el Hades.

Tres palabras distintas.

Tres declaraciones bíblicas.

Un solo Cristo.

Una sola muerte redentora.

Esta es la tricotomía aplicada.

Por qué esto lo significa todo

Alguien podrá afirmar que estos acontecimientos no significan nada para la composición humana porque fueron registrados en pasajes diferentes.

Pero se refieren al mismo Jesús.

No estamos aproximando personajes sin relación.

No estamos reuniendo muertes diferentes.

No estamos imponiendo palabras extrañas al texto.

El mismo Cristo declara poseer *pneuma*.

Su cuerpo es llamado *sōma*.

La profecía aplicada a él menciona su *psychē*.

Y Pablo ya había reunido estos mismos tres sustantivos al hablar de la totalidad humana.

Por separado, cada pasaje afirma un hecho.

Reunidos, revelan una armonía.

Esta armonía no depende de un teólogo moderno o antiguo. Nace de la relación entre la formulación apostólica y los acontecimientos de la cruz.

Por eso la demostración lo significa todo para esta obra.

Cristo es la Piedra Angular.

Si nuestra antropología debe ser cristocéntrica, no podemos tratar como irrelevante aquello que las Escrituras distinguieron en la humanidad del propio Señor.

La interpretación no puede borrar el *pneuma* entregado al Padre.

No puede convertir el *sōma* sepultado en una apariencia.

No puede retirar la *psychē* de la profecía citada por Pedro.

En Cristo, las tres declaraciones encuentran su centro.

Un solo Cristo, no tres sujetos

La tricotomía no enseña que existieran tres Cristos en la cruz.

El espíritu no era una persona independiente llamada Jesús.

El alma no era otro Jesús.

El cuerpo en el sepulcro no era un tercer sujeto.

El Hijo continuó siendo la misma persona.

Dijo «mi espíritu».

José pidió «el cuerpo de Jesús».

La profecía decía «mi alma» y fue aplicada por Pedro al Cristo.

Los posesivos y las identificaciones señalan la unidad personal.

Cuerpo, alma y espíritu pertenecían al único Hijo encarnado según su humanidad.

La muerte produjo separación entre dimensiones que, durante la vida terrenal, operaban en unidad. No produjo tres personas ni destruyó la identidad de Cristo.

Esto también impide representar la tricotomía como fragmentación.

Distinción no es disolución.

Unidad no es ausencia de distinciones.

Jesús es uno solo.

Y, siendo verdaderamente hombre, poseía espíritu, alma y cuerpo.

Lo que el texto declara y lo que esta obra concluye

Para mantener transparente la demostración, podemos separar los niveles de afirmación.

El texto declara:

- Jesús entregó su *pneuma* al Padre.
- José pidió el *sōma* de Jesús y lo colocó en el sepulcro.
- La profecía citada por Pedro afirma que la *psychē* no sería abandonada en el Hades.
- Pedro aplica esta profecía a la resurrección de Cristo.

Los textos permiten concluir:

- La muerte de Jesús manifestó una distinción entre aquello que llamó espíritu, el cuerpo sepultado y el alma mencionada por la profecía.
- El mismo Cristo continuó siendo el sujeto personal de las tres declaraciones.

Esta obra sintetiza:

La formulación de Pablo acerca del espíritu, el alma y el cuerpo encuentra su demostración cristocéntrica en la muerte de Jesús.

Esta distinción entre declaración, conclusión y síntesis no debilita la doctrina. Muestra exactamente cómo llegamos a ella.

No le pedimos al lector que acepte una afirmación sin un recorrido bíblico.

Presentamos los textos.

Preservamos sus palabras.

Observamos al mismo Cristo.

Y reunimos lo que la propia Escritura puso ante nosotros.

La muerte separó, pero no venció

El *pneuma* fue entregado al Padre.

El *sōma* fue colocado en el sepulcro.

La *psychē* no fue abandonada en el Hades.

Pero esta separación no fue definitiva.

Pedro no predicó solamente que Cristo murió. Predicó que Dios lo resucitó.

El cuerpo no permaneció en la corrupción.

El Hades no retuvo al Santo.

El mismo Jesús se presentó vivo.

La resurrección será examinada en el Capítulo 9. Allí veremos cómo la victoria de Cristo confirma la continuidad de la misma persona y la restauración de la humanidad integral.

Por ahora, la demostración central está establecida:

Pablo nombró la totalidad humana.

Cristo reveló su distinción en la muerte.

La resurrección anunció que la separación no tendría la última palabra.

Conclusión

Jesucristo verdaderamente se hizo uno de nosotros.

Su humanidad no era incompleta.

En la cruz, entregó su espíritu al Padre.

Después, su cuerpo fue bajado y colocado en el sepulcro.

Pedro, al interpretar el Salmo, afirmó que su alma no fue abandonada en el Hades.

Pneuma.

Sōma.

Psychē.

Tres términos distintos aplicados al mismo Cristo.

El orden narrativo es claro:

Primero, el espíritu fue entregado.

Después, el cuerpo fue sepultado.

Más tarde, el alma fue identificada en la explicación apostólica de la resurrección.

No es una teoría colocada sobre Jesús.

Es una comprensión construida a partir de lo que fue escrito acerca de él.

Pablo presentó la doctrina.

Cristo demostró su aplicación en la cruz.

Y la resurrección confirmó que la muerte no deshizo a la persona.

En el próximo capítulo responderemos a las principales objeciones. No repetiremos toda la demostración. Solamente comprobaremos si alguna de ellas posee fuerza suficiente para borrar lo que Pablo distinguió y lo que la muerte de Cristo hizo visible.

Referencias principales del capítulo

- Salmo 16.8-11.
- Lucas 16.19-31; 23.39-53.
- Juan 19.28-42.
- Hechos 2.22-32.
- 1 Tesalonicenses 5.23-24.
- Hebreos 2.14-18.

Nota técnica para revisión y apéndice

- Lucas 23.46 contiene *paratithemai to pneuma mou*: «entrego/confío mi espíritu».
- Lucas 23.52 contiene *to sōma tou Iēsou*: «el cuerpo de Jesús».
- El Salmo 16.10 en el texto hebreo emplea *nefesh* y Seol. En la numeración tradicional de la Septuaginta corresponde al Salmo 15.10 y contiene *tēn psychēn mou eis Hadēn*.
- Hechos 2.27 reproduce *tēn psychēn mou eis Hadēn*: «mi alma en el Hades».
- En el texto griego crítico de Hechos 2.31, *psychē* no se repite; Pedro declara que Cristo no fue abandonado en el Hades y que su carne no vio corrupción. La relación interpretativa con el versículo 27 permanece directa.
- La correspondencia entre el Paraíso y el seno de Abraham es una síntesis de Lucas 16 y Lucas 23, no una frase literal de Hechos 2.
- La matriz describe distinciones en la humanidad del único Cristo; no divide a la persona del Hijo en tres sujetos.

Capítulo 8 - Las principales objeciones a la tricotomía

Una doctrina debe ser capaz de responder a las objeciones planteadas contra ella.

Sin embargo, responder no significa convertir el estudio bíblico en una controversia interminable.

En los capítulos anteriores seguimos un camino definido.

La creación presentó al ser humano formado del polvo, recibiendo de Dios el aliento de vida y convirtiéndose en alma viviente.

La muerte reveló la separación entre el cuerpo que vuelve al polvo y el espíritu que vuelve a Dios.

Pablo nombró la totalidad humana como espíritu, alma y cuerpo.

Y la muerte de Jesús presentó el *pneuma* entregado al Padre, el *sōma* colocado en el sepulcro y la *psychē* no abandonada en el Hades.

Ahora examinaremos los principales intentos de interpretar estos textos de otra manera.

Nuestro propósito no es ridiculizar a quienes discrepan. Personas sinceras pueden repetir interpretaciones recibidas de maestros respetados. El deber de este libro es comprobar si esas interpretaciones consiguen preservar todos los datos presentados por las Escrituras.

Una conclusión no debe ser aceptada solamente porque es antigua, conocida o ampliamente difundida.

Tampoco debe ser rechazada solamente porque parece nueva al lector.

La pregunta continúa siendo:

¿Cuál interpretación respeta lo que está escrito y encuentra su confirmación en Jesucristo?

Primera objeción: «Alma y espíritu son sinónimos en el cántico de María»

Uno de los pasajes presentados frecuentemente contra la tricotomía se encuentra en el Magníficat:

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador».

Lucas, capítulo 1, versículos 46 y 47.

El argumento afirma que María emplea «alma» y «espíritu» en paralelismo. Por tanto, las dos palabras serían nombres diferentes para la misma realidad.

El primer punto es correcto: existe paralelismo.

El segundo no se deriva obligatoriamente del primero.

En el paralelismo poético, dos líneas pueden aproximar ideas, ampliar una afirmación o presentar aspectos relacionados de la misma experiencia. Esto no exige que cada palabra de la segunda línea sea ontológicamente idéntica a la palabra correspondiente de la primera.

María alaba a Dios con toda su interioridad.

Su alma engrandece.

Su espíritu se regocija.

El texto inspirado comunica la profundidad de su adoración. No anuncia que su propósito sea definir técnicamente la composición humana ni declarar que *psychē* y *pneuma* sean absolutamente intercambiables.

Reconocer el género poético no disminuye la inspiración del Magníficat.

Precisamente porque toda la Escritura es inspirada, debemos permitir que cada texto cumpla su propia finalidad.

El cántico demuestra que alma y espíritu pueden participar conjuntamente en la adoración. No demuestra que la distinción hecha por Pablo no exista.

Segunda objeción: «Si los significados se superponen, alma y espíritu son la misma cosa»

Las palabras bíblicas no funcionan como etiquetas rígidas empleadas siempre con un único sentido.

Psychē puede significar alma, vida o persona.

Pneuma puede significar viento, aliento, espíritu humano, ser espiritual o el Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento, *nefesh* y *ruach* también poseen campos de significado amplios.

A partir de esto, algunos concluyen que alma y espíritu no pueden representar realidades distinguibles.

Pero la conclusión confunde superposición semántica con identidad absoluta.

Dos palabras pueden aproximarse en determinados contextos y permanecer distintas en otros.

Cuando *psychē* significa vida y *pneuma* está relacionado con el aliento vital, ambas pueden tocar la realidad de la existencia. Esto no convierte una palabra en la otra en todos los pasajes.

El contexto posee autoridad para aproximar los términos.

El mismo contexto también posee autoridad para distinguirlos.

En 1 Tesalonicenses 5.23, Pablo menciona por separado espíritu, alma y cuerpo.

En Hebreos 4.12, alma y espíritu aparecen en una formulación de división.

En la muerte de Cristo, *pneuma, sōma* y *psychē* son empleados en declaraciones distintas.

La existencia de sentidos superpuestos explica por qué algunos textos pueden aproximar alma y espíritu. No autoriza borrar los textos en los que la distinción se vuelve necesaria.

Tercera objeción: «Los pasajes con solamente dos elementos prueban la dicotomía»

Existen textos que mencionan cuerpo y alma.

Otros hablan de cuerpo y espíritu.

Otros emplean carne y espíritu, exterior e interior, corazón y mente.

Estos pasajes son verdaderos. Pero una enumeración parcial no constituye necesariamente una definición completa de la ontología humana.

Cuando Jesús afirma que los hombres pueden matar el cuerpo, pero no el alma, su propósito es enseñar a quién debemos temer. No está presentando una lista de todo lo que constituye al ser humano.

Cuando otro pasaje destaca cuerpo y espíritu, su asunto inmediato puede exigir solamente estos dos aspectos.

El silencio acerca de un tercer elemento no equivale a declarar que no existe.

Si un pasaje menciona al padre y al hijo de una familia, no podemos concluir, solamente por ese silencio, que la madre no existe. Para llegar a esa conclusión, el texto tendría que afirmar que aquellos dos son la totalidad exclusiva de la familia.

De la misma manera, los textos que mencionan dos dimensiones humanas deben ser interpretados según su finalidad.

Primera a los Tesalonicenses 5.23 es diferente porque Pablo declara estar hablando de la preservación integral de los cristianos y, en ese contexto de totalidad, reúne espíritu, alma y cuerpo.

Los pasajes parciales continúan siendo verdaderos.

La enumeración más amplia también continúa siendo verdadera.

Armonizar la Biblia no significa utilizar el texto parcial para borrar el completo.

Cuarta objeción: «Primera a los Tesalonicenses 5.23 es solamente una oración»

Es correcto reconocer la forma del pasaje.

Pablo expresa una oración, un deseo o una bendición apostólica para que Dios santifique por completo a los cristianos y preserve integralmente su espíritu, alma y cuerpo.

El error está en la palabra «solamente».

Una oración apostólica no deja de enseñar.

Cuando Pablo ora para que una iglesia crezca en amor, conocimiento o discernimiento, los sustantivos no pierden significado porque aparezcan en una oración.

De la misma manera, *pneuma, psychē* y *sōma* no se convierten en palabras aleatorias.

Pablo podría haber pedido simplemente que Dios preservara «a todos ustedes». En lugar de eso, al hablar de la integralidad de los cristianos, nombró tres elementos y los articuló por separado.

La forma de oración explica cómo fue presentada la declaración.

No deshace el contenido de la declaración.

El versículo no necesita explicar detalladamente la función de cada elemento para que su distinción sea respetada.

Quinta objeción: «La división del alma y del espíritu en Hebreos es imposible»

Hebreos declara:

«La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón».

Hebreos, capítulo 4, versículo 12.

El tema principal es el poder penetrante de la Palabra de Dios.

Alcanza lo que los ojos humanos no alcanzan.

Juzga los pensamientos y las intenciones.

Nada permanece oculto ante Dios.

Algunos entienden «división del alma y del espíritu» solamente como una manera de decir que la Palabra alcanza lo imposible. Sin embargo, la fuerza del lenguaje no depende de la inexistencia de la distinción, sino de la incapacidad humana para realizarla perfectamente.

La Palabra alcanza donde nuestro discernimiento no alcanza.

Distingue lo que para nosotros se encuentra profundamente unido.

Hebreos no afirma que alma y espíritu sean fáciles de separar mediante análisis psicológico. Tampoco ofrece una anatomía de lo invisible.

Pero menciona alma y espíritu distintamente y atribuye a la Palabra la capacidad de llegar hasta su división.

El versículo no sostiene por sí solo toda la tricotomía.

Actúa como testimonio convergente: Pablo distingue los términos al hablar de la totalidad humana, y Hebreos reconoce una división que solamente la Palabra consigue alcanzar plenamente.

Sexta objeción: «Los animales poseen *nefesh* y *ruach*; por tanto, son iguales al ser humano»

Esta objeción parte de una observación textual verdadera.

Los animales son llamados *nefesh chayyah*: criaturas o seres vivientes.

También poseen *ruach chayyim*: aliento de vida.

Eclesiastés afirma que seres humanos y animales comparten el mismo aliento y la mortalidad corporal.

El error surge cuando el vocabulario común de vida se transforma en igualdad ontológica completa.

Los animales viven, respiran, perciben, aprenden y poseen capacidades concedidas por Dios. Por eso, las palabras relacionadas con la vida y el aliento pueden ser aplicadas a ellos.

Sin embargo, solamente el ser humano es presentado como creado a imagen y semejanza de Dios.

Solamente el ser humano recibe, en el relato de la creación, la vocación moral y representativa de gobernar responsablemente.

Compartir el aliento no significa compartir íntegramente identidad, responsabilidad y destino.

Además, la antropología de este libro no depende de atribuir a *nefesh* o *ruach* un sentido técnico idéntico en todas sus apariciones.

Cuando estas palabras significan criatura viva y respiración, deben ser comprendidas de esa manera.

La distinción tricotómica encuentra su formulación más clara en el Nuevo Testamento y su demostración en la humanidad de Cristo.

Por tanto, los textos acerca de los animales corrigen traducciones mecánicas, pero no anulan lo que Pablo nombró y Cristo demostró.

Séptima objeción: «Los tres acontecimientos de Cristo no prueban nada»

Esta es la objeción decisiva.

Afirma que el espíritu entregado al Padre, el cuerpo colocado en el sepulcro y el alma no abandonada en el Hades aparecen en pasajes diferentes y, por eso, no pueden formar una demostración antropológica.

Pero la Biblia no necesita colocar toda doctrina en un solo versículo para que sus textos sean armonizados.

Las tres declaraciones pertenecen al mismo Cristo.

Se refieren a la misma muerte.

Y utilizan los mismos términos que Pablo había reunido al hablar de la totalidad humana.

Jesús declaró:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Lucas registra *pneuma*.

José de Arimatea pidió el cuerpo de Jesús y lo colocó en el sepulcro.

Lucas registra *sōma*.

Pedro aplicó a Cristo la profecía:

«No dejarás mi alma en el Hades».

Hechos registra *psychē*.

No estamos reuniendo personajes diferentes ni acontecimientos sin relación.

El mismo conjunto formado por *pneuma, psychē* y *sōma* en 1 Tesalonicenses 5.23 reaparece aplicado al mismo Jesús en el acontecimiento de su muerte.

Es verdad que Cristo es único por ser el Hijo de Dios encarnado. Pero su singularidad divina no vuelve su humanidad irreal o inútil para comprender al ser humano. Hebreos afirma que participó de carne y sangre y fue hecho semejante a sus hermanos.

Si Jesús no poseyera la naturaleza humana completa, su muerte no podría revelar la constitución humana. Pero verdaderamente se hizo uno de nosotros, sin dejar de ser Dios.

La demostración es acumulativa:

Pablo ofrece la enumeración.

La encarnación establece la plena humanidad de Cristo.

La muerte manifiesta destinos distintos para el espíritu, el cuerpo y el alma.

La resurrección preserva la identidad del único Cristo.

Descartar esta armonía porque las declaraciones aparecen en versículos diferentes impediría que la propia Escritura interpretara la Escritura.

El límite de las interpretaciones rivales

La dicotomía procura preservar la unidad del ser humano dividiéndolo en cuerpo y dimensión inmaterial, y tratando alma y espíritu como palabras equivalentes o como aspectos de una misma realidad.

El monismo enfatiza al ser humano como unidad indivisible y rechaza la subsistencia de elementos inmateriales separados del cuerpo.

El pluralismo o la visión multidimensional describe al ser humano por varias capacidades, relaciones o dimensiones, sin limitar su constitución a dos o tres partes.

Cada postura puede percibir aspectos verdaderos.

La dicotomía reconoce que el ser humano no se reduce al cuerpo.

El monismo recuerda que el ser humano es una persona una.

La visión multidimensional observa la riqueza de las facultades y relaciones humanas.

Sin embargo, ninguna de estas contribuciones puede recibir autoridad para borrar los textos centrales de este estudio.

La unidad personal no exige ausencia de distinciones.

La variedad de facultades no sustituye la enumeración apostólica.

Y la proximidad entre alma y espíritu no permite declararlos absolutamente idénticos cuando Pablo los distinguió y Cristo reveló su aplicación.

Este libro permanece con la interpretación que consigue reunir los datos sin eliminar ninguno:

Un solo ser humano.

Cuerpo, alma y espíritu distinguibles.

Unidos durante la vida terrenal.

Separados por la muerte.

Restaurados en la victoria de la resurrección.

Conclusión

Las objeciones examinadas no anulan la tricotomía.

El Magníficat aproxima alma y espíritu en la alabanza, pero no declara que sean ontológicamente idénticos.

La superposición de significados no elimina la distinción contextual.

Los pasajes que mencionan dos aspectos no revocan la enumeración integral de Pablo.

La forma de oración de 1 Tesalonicenses 5.23 no vacía sus palabras.

Hebreos 4.12 exalta el poder de la Palabra precisamente al afirmar que alcanza la división del alma y del espíritu.

El vocabulario de vida aplicado a los animales no los iguala íntegramente al ser humano hecho a imagen de Dios.

Y los tres acontecimientos de la muerte de Cristo no pueden ser descartados como coincidencias sin significado.

Una interpretación no puede borrar lo que Pablo distinguió ni volver insignificante aquello que fue demostrado en el propio Cristo.

No necesitamos prolongar indefinidamente la controversia.

Los textos fueron presentados.

Las objeciones fueron examinadas.

Ahora falta contemplar la respuesta final de Dios a la separación producida por la muerte.

La resurrección.

Referencias principales del capítulo

- Génesis 1.20-28; 2.7.
- Eclesiastés 3.18-21; 12.7.
- Mateo 10.28.
- Lucas 1.46-47; 23.46,52-53.
- Hechos 2.27,31.
- 1 Tesalonicenses 5.23-24.
- Hebreos 2.14-17; 4.12-13.

Síntesis apologética

La tricotomía no depende de atribuir un significado rígido a cada aparición de «alma» y «espíritu». Se fundamenta en la enumeración apostólica de la totalidad humana y encuentra su demostración cristocéntrica en el *pneuma* entregado al Padre, el *sōma* colocado en el sepulcro y la *psychē* no abandonada en el Hades.

Capítulo 9 - La resurrección confirma a la persona integral

La muerte de Jesús reveló separación.

Su espíritu fue entregado al Padre.

Su cuerpo fue colocado en el sepulcro.

Su alma no fue abandonada en el Hades.

Sin embargo, la separación no tuvo la última palabra.

Al tercer día, el sepulcro quedó vacío.

El mismo Jesús que había muerto se presentó vivo.

La resurrección no borró su identidad, no produjo otro Cristo ni transformó las tres dimensiones de su humanidad en tres sujetos independientes.

Confirmó que espíritu, alma y cuerpo pertenecían a la misma persona.

La muerte separó.

La resurrección reunió, restauró y transformó.

Es en este acontecimiento donde la antropología tricotómica preserva su equilibrio. Reconoce distinciones reales sin fragmentar al ser humano. Cuerpo, alma y espíritu pueden ser distinguidos, pero pertenecen a la unidad de una sola persona.

El sepulcro quedó vacío

Las mujeres fueron al sepulcro esperando encontrar el cuerpo de Jesús.

Sabían dónde lo había depositado José de Arimatea. Habían observado la sepultura y regresaron llevando especias aromáticas preparadas para el cuerpo muerto.

Pero la piedra había sido removida.

El cuerpo no estaba allí.

El mensaje que recibieron no fue que Jesús había sobrevivido solamente como recuerdo, influencia o espíritu desencarnado.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado».

Lucas, capítulo 24, versículos 5 y 6.

El sepulcro vacío posee importancia antropológica.

El *sōma* colocado allí no fue abandonado a la corrupción.

Pedro ya había explicado que la profecía del Salmo alcanzaba dos realidades relacionadas:

El alma no sería abandonada en el Hades.

Y la carne no vería corrupción.

La resurrección respondió a ambas declaraciones.

El Hades no retuvo al Cristo.

El sepulcro no conservó su cuerpo.

Sin embargo, el sepulcro vacío por sí solo todavía podría generar preguntas. Por eso, las Escrituras no registran solamente la ausencia del cuerpo. Registran la presencia del Resucitado.

«Yo mismo soy»

Cuando Jesús apareció a los discípulos, quedaron asustados e imaginaron estar viendo un espíritu o una aparición.

Cristo respondió:

«Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo».

Lucas, capítulo 24, versículo 39.

La frase central es:

«Yo mismo soy».

El Resucitado no era un sustituto enviado para representar a Jesús.

No era otra persona ocupando su lugar.

No era solamente una imagen producida en la mente de los discípulos.

Era el mismo Cristo.

Sus manos y sus pies relacionaban al Resucitado con aquel que había sido crucificado. En Juan, Jesús invita a Tomás a observar sus manos y su costado. Aquel que estaba ante él era el mismo que había sido herido.

La continuidad no era solamente corporal.

Jesús conocía a sus discípulos.

Recordaba lo que les había enseñado.

Interpretaba las Escrituras.

Los llamaba por su nombre.

Retomaba la misión que les había confiado.

Su identidad personal permaneció íntegra.

El cuerpo había pasado por la muerte, pero aquel cuerpo continuaba perteneciendo al mismo Jesús.

La persona que había entregado el espíritu y cuya alma no había sido abandonada se presentó corporalmente viva.

Un cuerpo real y transformado

Jesús invitó a los discípulos a tocarlo.

Les mostró las manos y los pies.

Comió delante de ellos.

Estos acontecimientos confirman que la resurrección no fue solamente una experiencia interior de los seguidores ni la supervivencia inmaterial del alma.

El cuerpo participó de la victoria.

Al mismo tiempo, la resurrección no fue un simple regreso a la condición que Jesús poseía antes de la muerte.

Lázaro había vuelto a la vida mortal y moriría nuevamente.

Cristo resucitó a una vida sobre la cual la muerte ya no posee dominio.

Su cuerpo era real, pero glorificado.

Había continuidad, porque era el cuerpo del mismo Jesús.

Había transformación, porque la corrupción y la mortalidad habían sido vencidas.

Estas dos verdades deben permanecer unidas.

Si hablamos solamente de continuidad, podremos reducir la resurrección a una reanimación temporal.

Si hablamos solamente de transformación, podremos perder la identidad entre el Crucificado y el Resucitado.

La Escritura preserva ambas:

El mismo Jesús resucitó.

Y resucitó en gloria.

El significado de «cuerpo espiritual»

En 1 Corintios 15, Pablo responde a personas que preguntaban cómo resucitan los muertos y con qué cuerpo vuelven.

Utiliza la imagen de la semilla.

Lo que se siembra no permanece en la misma condición, sino que Dios le da cuerpo como él quiso. Existe continuidad entre la semilla y lo que nace, pero también existe transformación.

Pablo declara:

«Se siembra cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual».

Primera a los Corintios, capítulo 15, versículo 44.

En griego encontramos:

Sōma psychikon.

Y *sōma pneumatikon*.

Cuerpo natural.

Y cuerpo espiritual.

La palabra «espiritual» no elimina la palabra «cuerpo».

Pablo no afirma que el cuerpo será sustituido por una existencia sin cuerpo. Habla de un cuerpo transformado, adecuado a la vida incorruptible y plenamente sometido a la actuación del Espíritu de Dios.

El contraste del capítulo es claro:

Corrupción e incorrupción.

Deshonra y gloria.

Debilidad y poder.

Mortalidad e inmortalidad.

El cuerpo sepultado en debilidad es levantado por Dios en poder.

Por tanto, «cuerpo espiritual» no significa fantasma ni materia inexistente. Significa un cuerpo perteneciente a la nueva condición de la resurrección.

Filipenses confirma esta transformación al declarar que Cristo transformará nuestro cuerpo de humillación para que sea semejante al cuerpo de su gloria.

El cuerpo no es descartado.

Es redimido y transformado.

La resurrección restaura la unidad

La Escritura registra con claridad lo que sucedió en la muerte:

El *pneuma* fue entregado al Padre.

El *sōma* fue colocado en el sepulcro.

La *psychē* no fue abandonada en el Hades.

En la resurrección, sin embargo, los Evangelios no describen mecánicamente cada instante de esta reunión.

No hay un versículo que diga, en lenguaje técnico, exactamente cuándo el espíritu volvió al cuerpo o cómo el alma salió del Hades.

No necesitamos inventar una escena que la Biblia no narró.

Lo que las Escrituras demuestran es suficiente:

El sepulcro quedó vacío.

El mismo Jesús se presentó vivo.

Poseía un cuerpo real y glorificado.

Preservaba memoria, conciencia, voluntad, relaciones e identidad.

La separación producida por la muerte había sido vencida.

La conclusión de que cuerpo, alma y espíritu volvieron a constituir la humanidad viva del mismo Cristo es una síntesis derivada de la resurrección integral. No es la reproducción literal de un solo versículo.

Esta precisión fortalece la doctrina.

No afirmamos conocer el mecanismo invisible que Dios no describió.

Afirmamos aquello que el resultado hizo incontestable:

El Cristo que había muerto estaba nuevamente vivo, personal y corporalmente.

Distinción no significa fragmentación

Una de las preocupaciones planteadas contra la tricotomía es que dividiría al ser humano en tres seres.

La resurrección de Jesús responde a esta preocupación.

El *pneuma* entregado al Padre no se convirtió en un Cristo independiente.

El *sōma* colocado en el sepulcro no se convirtió en otro sujeto.

La *psychē* no abandonada en el Hades no constituyó un tercer Jesús.

Las tres dimensiones pertenecían al único Hijo encarnado.

Durante la vida terrenal, actuaban en la unidad de su humanidad.

En la muerte, recibieron descripciones y destinos distintos.

En la resurrección, el mismo Cristo se levantó victorioso.

Así, la tricotomía bíblica afirma dos verdades simultáneas:

Distinción ontológica: cuerpo, alma y espíritu no deben ser borrados ni confundidos.

Unidad personal: los tres no constituyen tres personas, sino que pertenecen al mismo ser humano.

Unidad no exige ausencia de distinciones.

Distinción no exige multiplicidad de personas.

En Cristo, ambas verdades permanecen en perfecta armonía.

Cristo, las primicias

La resurrección de Jesús no fue solamente un acontecimiento particular sin relación con nuestra esperanza.

Pablo lo llama primicias de los que durmieron.

Las primicias anuncian la cosecha.

Cristo resucitó primero en victoria y su resurrección establece el fundamento de la resurrección de aquellos que le pertenecen.

Esto no significa que nos volveremos divinos o que poseeremos la identidad de Cristo. Significa que la victoria alcanzará también nuestra condición humana.

El cuerpo corruptible será levantado incorruptible.

El cuerpo mortal será revestido de inmortalidad.

La persona no será borrada y sustituida por otra.

Dios preservará la identidad y transformará la condición.

Por eso, la esperanza cristiana no consiste en abandonar definitivamente el cuerpo como si la materia fuera enemiga de la salvación.

Dios creó al ser humano integral.

Cristo asumió la humanidad integral.

Murió realmente.

Y resucitó integralmente.

La redención culmina en la victoria sobre la muerte, no en la victoria de la muerte sobre el cuerpo.

La matriz completa

Ahora podemos reunir el recorrido central de esta obra:

Etapa	Declaración bíblica	Contribución antropológica
Formulación apostólica	Espíritu, alma y cuerpo en 1 Tesalonicenses 5.23	Pablo nombra la totalidad humana
Muerte de Cristo	*Pneuma* entregado, *sōma* sepultado y *psychē* no abandonada	Cristo manifiesta la distinción en la separación de la muerte
Resurrección	El sepulcro queda vacío y el mismo Jesús se presenta vivo	La unidad personal es restaurada y el cuerpo es transformado

Pablo la presentó.

Cristo la demostró.

La resurrección la confirmó.

Esta matriz no depende de hacer que todas las palabras bíblicas signifiquen lo mismo en cada pasaje.

Tampoco depende de que un solo versículo responda a todas las preguntas.

Nace de la armonía entre la declaración apostólica, la plena humanidad de Cristo, su muerte y su resurrección.

Lo que el texto declara y lo que esta obra concluye

Los textos declaran:

- El cuerpo de Jesús no permaneció en el sepulcro.
- El mismo Jesús se presentó vivo a los discípulos.
- Podía ser visto, oído y tocado.
- Poseía carne y huesos y comió delante de ellos.
- Cristo resucitó como primicias de los que durmieron.
- El cuerpo corruptible será resucitado en incorrupción.
- Cristo transformará nuestro cuerpo de humillación para que sea semejante al cuerpo de su gloria.

Los textos permiten concluir:

- La resurrección preserva la identidad personal y transforma la condición corporal.
- El cuerpo resucitado no es una mera apariencia ni un simple regreso a la mortalidad.
- La separación revelada en la muerte no permaneció en el Cristo resucitado.

Esta obra sintetiza:

La muerte separa cuerpo, alma y espíritu; la resurrección reúne, restaura y transforma a la persona integral.

Conclusión

El sepulcro quedó vacío.

El mismo Jesús se presentó vivo.

Dijo a los discípulos:

«Yo mismo soy».

En estas palabras encontramos la continuidad de la persona.

En su cuerpo glorificado encontramos la victoria de la transformación.

La muerte distinguió aquello que pertenecía a su humanidad.

La resurrección confirmó que estas distinciones jamás constituyeron tres Cristos.

Un solo Hijo se hizo verdaderamente hombre.

Un solo Cristo entregó su espíritu, tuvo su cuerpo sepultado y no tuvo su alma abandonada en el Hades.

Y ese mismo Cristo resucitó.

La tricotomía no destruye la unidad humana.

Reconoce que cuerpo, alma y espíritu pertenecen a la misma persona y que la muerte produce una separación que solamente el poder de Dios puede vencer.

Pablo nombró la totalidad.

Cristo reveló la distinción en su muerte.

La resurrección confirmó la unidad y la victoria.

La muerte separa.

La resurrección reúne, restaura y transforma a la persona integral.

Referencias principales del capítulo

- Lucas 24.1-8,36-43.
- Juan 20.19-29.
- Hechos 2.22-32.
- 1 Corintios 15.20-23,35-57.
- Filipenses 3.20-21.

Nota técnica para revisión y apéndice

- En Lucas 24.39, Jesús dice *egō eimi autos*: «yo mismo soy», y distingue su corporalidad resucitada de una aparición sin carne ni huesos.
- En 1 Corintios 15.44, Pablo contrasta *sōma psychikon* y *sōma pneumatikon*. En ambos casos permanece el sustantivo *sōma*, cuerpo.
- «Cuerpo espiritual» no debe ser interpretado como ausencia de cuerpo, sino como cuerpo transformado para la condición de la resurrección.
- Filipenses 3.21 habla de la transformación del «cuerpo de nuestra humillación» para que sea conforme al «cuerpo de su gloria».

- La Escritura no narra mecánicamente la reunión del alma y del espíritu con el cuerpo de Cristo; esa reunión es una síntesis derivada del sepulcro vacío y de la presentación integral del mismo Jesús vivo.

Conclusión - Permanezcan sobre la Piedra

Hemos llegado al final de este estudio, pero no al final de la responsabilidad de examinar las Escrituras.

Toda conclusión teológica debe permanecer abierta a la corrección de la Palabra de Dios.

No porque la Palabra sea incierta, sino porque nuestro entendimiento es limitado.

La Biblia es viva y eficaz. Alcanza pensamientos, intenciones y conceptos que llevamos durante años sin volver a examinarlos. A medida que el Espíritu Santo concede entendimiento, somos llamados a renovar la mente y a someter nuestras tradiciones a lo que está escrito.

Reexaminar no es deshonrar a los maestros del pasado.

Tampoco es buscar novedades para alimentar la vanidad.

Los bereanos fueron considerados nobles porque recibieron el mensaje con disposición y examinaban diariamente las Escrituras para comprobar si aquello era así.

Esta continúa siendo una actitud necesaria.

Una doctrina no se vuelve verdadera por ser antigua.

No se vuelve falsa por parecer nueva al lector.

No es confirmada por la cantidad de personas que la defienden.

Y no es anulada por la resistencia de aquellos que prefieren permanecer con la interpretación que recibieron.

La cuestión debe ser resuelta por la Palabra de Dios.

Y, para el cristiano, la Palabra converge en Jesucristo.

Cristo es el centro de la interpretación

Cristo posee la primacía en todas las cosas.

Él es la imagen del Dios invisible.

Es el Verbo que se hizo carne.

Es el fundamento de los apóstoles.

Es la Piedra rechazada por los edificadores que llegó a ser la principal Piedra Angular.

Por eso, nuestra antropología también debe ser examinada a la luz de él.

Si una construcción teológica no se alinea con Cristo, no es la Piedra la que necesita ser ajustada.

Es la construcción.

En este libro no comenzamos intentando hacer vencedora una tradición. Comenzamos preguntando qué dicen las Escrituras acerca de la constitución humana y cómo aparece esta verdad en la plena humanidad de Jesús.

El recorrido fue progresivo.

En la creación, Dios formó al ser humano del polvo, sopló el aliento de vida y el ser humano se convirtió en alma viviente.

En la muerte, el cuerpo vuelve al polvo y el espíritu vuelve a Dios, quien lo dio.

Pablo, al hablar de la santificación y preservación integral de los cristianos, nombró espíritu, alma y cuerpo.

Hebreos declaró que la Palabra de Dios penetra hasta la división del alma y del espíritu.

Y Jesucristo, habiendo participado de carne y sangre y siendo hecho semejante a sus hermanos, reveló en su propia muerte la aplicación de lo que Pablo había distinguido.

Pablo la presentó

Primera a los Tesalonicenses 5.23 no contiene tres palabras accidentales.

Pablo escribió:

Espíritu.

Alma.

Y cuerpo.

Pneuma.

Psychē.

Y *sōma*.

Una sola persona humana.

Tres elementos distinguibles dentro de su totalidad.

La forma de oración del pasaje no vacía su contenido. La existencia de textos que mencionan solamente dos aspectos del ser humano no borra esta enumeración. Y la superposición de sentidos entre alma y espíritu en algunos pasajes no autoriza declararlos absolutamente idénticos donde la propia Escritura los distingue.

Pablo presentó la formulación apostólica.

Cristo la demostró

La doctrina no permaneció solamente en una enumeración.

En la muerte de Jesús encontramos los mismos tres términos aplicados al mismo Cristo.

Primero, todavía en la cruz, declaró:

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

El *pneuma* fue entregado al Padre.

Después, José de Arimatea pidió a Pilato el cuerpo de Jesús, lo bajó de la cruz, lo envolvió en lino y lo colocó en el sepulcro.

El *sōma* fue sepultado.

Más tarde, el día de Pentecostés, Pedro aplicó a Cristo la profecía del Salmo:

«No dejarás mi alma en el Hades».

La *psychē* no fue abandonada en el dominio de los muertos.

Tres declaraciones bíblicas.

Tres palabras distintas.

Una sola muerte.

Un solo Cristo.

Estas declaraciones no crearon tres personas. El espíritu era «mi espíritu». El cuerpo continuaba siendo «el cuerpo de Jesús». El alma mencionada en la profecía pertenecía al mismo Cristo acerca del cual predicaba Pedro.

La muerte separó dimensiones que pertenecían a la humanidad del único Hijo encarnado.

Cristo demostró la tricotomía aplicada.

La resurrección la confirmó

Pero la muerte no venció.

El sepulcro quedó vacío.

El mismo Jesús se presentó vivo y declaró a los discípulos:

«Yo mismo soy».

Podía ser visto.

Podía ser oído.

Podía ser tocado.

Poseía un cuerpo real y glorificado.

Preservaba conciencia, memoria, voluntad, relaciones e identidad.

La Escritura no describe mecánicamente cada instante de la reunión de cuerpo, alma y espíritu. No necesitamos inventar lo que Dios no reveló.

El resultado es suficiente.

El mismo Cristo que había muerto estaba personal y corporalmente vivo.

La separación producida por la muerte había sido vencida.

La resurrección confirmó que la distinción entre cuerpo, alma y espíritu no destruye la unidad personal.

La conclusión alcanzada

La tricotomía no enseña que tres seres vivan dentro del ser humano.

Enseña que el ser humano es una unidad personal constituida por cuerpo, alma y espíritu.

Durante la vida terrenal, estas dimensiones pertenecen al mismo individuo.

En la muerte, la unidad es deshecha temporalmente.

En la resurrección, Dios restaura y transforma a la persona integral.

Los términos bíblicos pueden poseer sentidos diferentes según el contexto. *Nefesh* puede significar vida, persona, criatura o alma. *Ruach* puede significar viento, aliento o espíritu. *Psychē* y *pneuma* pueden aproximarse en determinados pasajes.

Nada de esto anula la conclusión.

La tricotomía defendida en este libro no depende de convertir cada aparición en una definición técnica.

Se fundamenta en la enumeración apostólica y encuentra su demostración cristocéntrica en la muerte y resurrección de Jesús.

Este es el punto central:

El *pneuma* fue entregado al Padre, el *sōma* fue colocado en el sepulcro y la *psychē* no fue abandonada en el Hades. Después, el mismo Cristo resucitó.

Toda honra pertenece a Dios

Si esta reunión de los textos le parece al lector una presentación poco común, esto no debe producir gloria humana.

No importa si alguien, en algún lugar o época, ya recorrió exactamente el mismo camino argumentativo.

La verdad no pertenece al expositor.

La Palabra no pertenece al canal.

La revelación no existe para engrandecer a quien la anuncia.

Toda honra y toda gloria pertenecen a Dios.

Si el Espíritu Santo nos permite percibir una armonía antes no percibida por nosotros, nuestra respuesta debe ser gratitud, temor y servicio.

No recibimos entendimiento para construir un nombre sobre la Piedra.

Lo recibimos para señalar hacia la Piedra.

Por eso, esta obra no termina exaltando a su autor. Termina invitando al lector a abrir nuevamente las Escrituras, comprobar cada referencia y contemplar la plena humanidad de Jesucristo.

Permanezcan sobre la Piedra

Jesús advirtió que quien caiga sobre la Piedra será quebrantado y que aquel sobre quien ella caiga será reducido a polvo.

Esta imagen no nos autoriza a tratar a las personas con arrogancia. Nos advierte acerca de la seriedad de resistir la verdad revelada en Cristo.

No usemos la Piedra para herir al prójimo.

Permitamos que quebrante nuestro orgullo.

Si una tradición necesita ser revisada, revisemos la tradición.

Si una explicación antigua no consigue preservar todos los textos, volvamos a la Escritura.

Si nuestro entendimiento es corregido, agradezcamos a Dios por la corrección.

Renovar la mente no es abandonar la fe.

Es abandonar todo aquello que no consigue permanecer ante la Palabra.

Los exhorto, por tanto, a permanecer con la doctrina de los apóstoles y con la demostración presentada en Jesucristo.

El ser humano es cuerpo, alma y espíritu.

Pablo nombró esa totalidad.

En la muerte de Jesús, el espíritu fue entregado al Padre, el cuerpo fue colocado en el sepulcro y el alma no fue abandonada en el Hades.

En la resurrección, el mismo Cristo se levantó victorioso.

Pablo la presentó.

Cristo la demostró.

La resurrección la confirmó.

Y sobre esa Piedra permanecemos.

Referencias principales de la conclusión

- Mateo 21.42-44.
- Lucas 20.17-18.
- Juan 1.1,14.
- Hechos 17.11.
- Romanos 12.2.
- 1 Corintios 2.10-12.
- Colosenses 1.15-18.

- 1 Tesalonicenses 5.23.
- Hebreos 2.14-17; 4.12.
- 1 Pedro 5.1.

Este libro presenta una defensa bíblica y cristocéntrica de la tricotomía. Partiendo de la declaración de Pablo acerca del espíritu, el alma y el cuerpo, recorre los acontecimientos de la muerte y resurrección de Jesús para demostrar la composición integral del ser humano.

El *pneuma* fue entregado al Padre.

El *soma* fue colocado en el sepulcro.

La *psychē* no fue abandonada en el Hades.

PABLO LA PRESENTÓ.
CRISTO LA DEMOSTRÓ.
LA RESURRECCIÓN LA CONFIRMÓ.

ELIZEU MORAES DA S. E SILVA
GUARDIÁN DE LA PROFECÍA